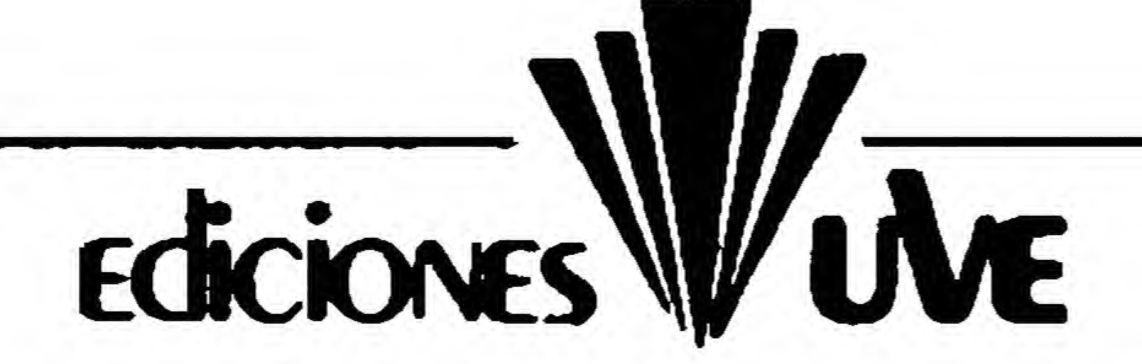
5

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

ediciones UVE

5
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



© Edita: EDICIONES UVE, S. A.
Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 17.445-1981.
ISBN: 84.85609-77-8.
Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO




El rubí de los siete anillos

El rubí de los siete anillos

José León Cano

El Mal esperaba agazapado entre los objetos de aquella tienda de antigüedades... Y, ahora, un extraño ser, malévolo y repugnante, habita en los dominios negros del subsuelo de Londres.

A Narciso Ibáñez Serrador



CUANDO procedían a la demolición del viejo manicomio de Devonshire, en las afueras de Londres, una de las excavadoras que operaban en el jardín extrajo de la tierra un herrumboso cofrecillo metálico cuyo interior, sin embargo, había permanecido incólume al cabo de medio siglo. Esto ocurrió a mediados de los años cincuenta, y el contenido del cofrecillo no se dio entonces a la publicidad. El director de la institución, fuertemente impresionado por lo que allí había, consideró más oportuno entregarlo directamente a Scotland Yard. Al cabo de veinticinco años, el hallazgo ha permanecido oculto en sus archivos secretos. Y sólo ahora, según ordena la ley, ha podido entregarse a la curiosidad de ciertos investigadores de lo insólito. Yo soy uno de ellos. Confieso que he dudado mucho antes de dar a mis lectores cumplida noticia de este cofre. Mis dudas no han desaparecido del todo, como no ha desaparecido el tufillo maligno y obsesionante que emana del objeto. Pero tengo tanto derecho a librarme de mis obsesiones como cualquier ser humano, y no encuentro mejor modo de hacerlo que divulgar esta historia.

El cofre contenía un cuaderno de tapas raídas, pero cuyo interior era perfectamente legible, y una hoja de papel con cuatro dobleces en la que alguien, con mano firme y viveza de colores, había dibujado una extraña joya. Se trataba de un rubí octogonal cuyo rojo sangrante, violento, contrastaba en el dibujo con la plateada frialdad del engarce. Consistía éste, en efecto, en siete círculos concéntricos de plata grabados con profusión de signos retorcidos, al parecer de carácter alfabético. Digo «al parecer» porque si, como se sospecha, la exacta minuciosidad del dibujo quiere representar aquí una escritura, ésta no tiene parangón con todas las hasta ahora conocidas en la tierra. La representación gráfica desprende un aroma arcaico y tenebroso. Da la impresión de ser una joya de antigüedad inconcebible, tanto más por su ausencia de identidad con la orfebrería de cualquier civilización. Si se trata de la obra de un loco (cosa que dudo, después de haber leído el cuaderno manuscrito que se encontró junto al dibujo), hay que decir en su descargo que poseía una imaginación absolutamente fuera de lo común, y una capacidad extraordinaria para representar, con toda la fuerza de la realidad, un objeto imaginario. Tengo la impresión, rayana en el convencimiento total, de que la joya no era imaginaria. Y esta impresión proviene, como mis dudas sobre la insania de su autor, de la lectura del manuscrito. Hay en él párrafos de una lucidez espantosa, intuiciones terribles cuya asimilación probablemente crearía serios problemas el equilibrio psíquico del lector medio. Esta es la causa de que sólo en parte lo transcriba a continuación:

«No estoy loco. Lo cual, escrito aquí, en este hospital, no constituye ninguna novedad. Todos los encerrados conmigo manifiestan lo mismo. Pero, a diferencia de ellos, quisiera estar verdaderamente loco. Pues de esa forma podría considerar producto de mi locura la horrible realidad de mi pasado. Los médicos piensan que es una consecuencia de la insania el hecho de que me despreocupe absolutamente de mi

persona, o de que me pase las horas muertas mirando a la pared de mi celda, ajeno por completo al mundo que me rodea. Pero mi mente recuerda el horror, revive uno a uno todos los momentos de mi pesadilla. Tengo mucho que pensar, es preciso que comprenda las razones más íntimas de lo sucedido, aunque con ello no logre alcanzar la paz que anhelo, esa serenidad que me ha sido negada para siempre. ¡Para siempre! Me estremece imaginar que sólo la muerte (y tal vez ni siquiera la muerte) me librará de esta angustia que se ha incrustado en mi corazón...»

«... No soy culpable de las muertes que me achacan. El supuesto cadáver del niño no ha podido hallarse. Sencillamente, porque ese cadáver no existe... ¡Está vivo! Las alcantarillas de Londres, o Dios sabe qué ominosos subterráneos, son ahora su guarida. A veces lo siento bajo mis pies. Sé que está abajo, muy abajo, quizá alimentándose de carroña, respirando los vapores de la descomposición, bebiendo licores pútridos y haciendo crecer incesantemente su odio hacia mí. Ojalá lo hubiera matado, como se aseguró en el juicio. Ojalá me hubieran ahorcado, como pedía el fiscal. Qué felicidad si, como aseguraba mi defensor, yo no fuera otra cosa que un simple loco. Llegaron a esa conclusión porque mis ojos estaban extraviados, porque me negaba a pronunciar palabra alguna, porque permanecía ajeno e indiferente a cualquier posible castigo. Si les hubiera dicho la verdad, ni el fiscal mismo dudaría de que, efectivamente, estaba loco. Porque habrían preferido mil veces considerarme loco antes que aceptar esa verdad; nada dije de lo que en realidad había sucedido, y tuve que guardarme las espantosas evidencias para mí solo. Pero el horror almacenado en mi memoria se ha hecho tan insoportable que he decidido vertirlo en este cuaderno. No espero la comprensión de nadie. De nadie, al menos, entre mis obtusos contemporáneos, fanatizados por la mitología del racionalismo y de la ciencia empírica. Tal vez en un futuro más sensato y menos mecanicista alguien pudiera llegar a compren-

derme. Y si no es así, qué importa. La tierra devorará estas páginas como ha devorado tantos secretos espeluznantes a lo largo de los siglos, como acabará devorándome a mí mismo... Y tal vez, a fin de cuentas, eso sea lo mejor que pueda suceder.»

«Mi esposa, Katherine Taylor, era una mujer de belleza extraordinaria, aunque no de ese tipo de belleza que enciende de inmediato la voluptuosidad de los hombres. Era rubia, delgada, de rasgos finos y aristocráticos, y de sus ojos azules, claros como el mar de madrugada, se desprendía una delicadeza tan atractiva que despertaba sentimientos de elevada espiritualidad aún en los caracteres más groseros. Ni que decir tiene que estaba perdidamente enamorado de ella, y que los cuatro años transcurridos de nuestro matrimonio habían constituido para ambos una continua fuente de delicias... Cuando pienso en la felicidad del pasado, casi acepto pagar el horror que ahora me ahoga como se acepta una medida de justicia. Sólo una sombra había en nuestro matrimonio, y era que Katherine no me había proporcionado descendencia. La vieron médicos ilustres, se sometió a toda clase de pruebas, intentó todos los remedios imaginables sin resultado. Empecé a sospechar que procedía de mí, y no de ella, la causa de su infertilidad».

«El dieciocho de noviembre de 189..., dos días antes de su cumpleaños, me enojé con ella desmedidamente, por un motivo nimio. Era la primera vez que en nuestro matrimonio sucedía tal cosa. Abandoné mi hogar dando un portazo. Pero nada más llegar a la calle comencé a apesadumbrarme por mi desproporcionada manera de proceder. Sabía que había sido injusto con ella, que Katherine estaba ahora sola en casa, llorando. Mi primer impulso fue volver de inmediato, arrojarme a sus pies y suplicarle que me perdonara. Atribuí la causa real de mi enojo, la que me tenía secretamente malhumorado, al hecho de que no lograra darme un hijo. Pero advertí también la enormidad de mi conducta, la injusticia de mi ira.

Así que me propuse regalarle algo valioso, algo que me ayudara a hacerle disipar su tristeza».

«Portobello Street, la calle de los anticuarios, estaba cerca de nuestra casa. Eran las cuatro de la tarde y un viento gélido torturaba a los escasos viandantes. Niebla, viento y frío invitaban a entrar en cualquier sitio cerrado y confortable. Lo era la primera tienda de anticuario con que me tropecé, a pesar de su estrechez, escasa iluminación y tortuosas escaleras que era preciso descender para llegar al pequeño mostrador. Al otro lado, un anciano con bonete, de expresión difusa y nariz judía, se esforzaba por sonreírme al tiempo que se frotaba incesantemente las manos. En los días que sucedieron jamás logré dar con esa tienda; lo que achaqué, en un principio, a lo exaltado de las ensoñaciones que me acometieron al entrar allí, y que me distraían bastante del mundo exterior. Y me hubiera satisfecho hallarla porque sospecho en la actuación de aquel anciano un papel de desencadenador consciente de los acontecimientos que habrían de sucederme en el futuro. Lo sospecho ahora, aunque entonces simplemente estaba algo inquieto por su persistente manera de mirarme, por la inteligencia algo siniestra que desprendían sus ojos oscuros.»

«Le expuse mi propósito de hacerle un regalo valioso a mi esposa, con motivo de su próximo cumpleaños. "Tengo lo que usted necesita", dijo, y de inmediato puso en el mostrador, sobre un trozo de terciopelo verde, el rubí de los siete anillos. "Sé que es muy antiguo —añadió—, y desconozco de dónde procede. Pero se trata, como puede comprobar, de una joya única". Quedé fascinado. No soy un entendido en piedras preciosas, pero aquel colgante emanaba un fulgor de belleza indescriptible. Si mis dedos no hubieran comprobado la frialdad del cristal hubiera jurado que se trataba de un ser vivo, cálido y sensible, o de un fuego minúsculo de incesante radiación. Era, evidentemente, el regalo perfecto, según sugería la poco agraciada voz del anciano. Le pedí explicaciones sobre la significación de los signos con-

céntricos que rodeaban la piedra y fingió ignorarlas, si bien creí advertir en su expresión el intento de borrar un gesto maligno. Convenimos el precio —nada elevado, para mi asombro— y lo satisfice en el acto, eufórico por haber realizado una buena y oportuna compra, contento al imaginar la joya sobre los delicados senos de mi mujer.»

«Como había sospechado, encontré a Katherine secándose las últimas lágrimas. Mis palabras de consuelo, acompañadas por el regalo, surtieron el efecto deseado, y pude complacerme nuevamente al contemplar su rostro radiante, al estrecharla y sentir sobre los míos el calor de sus labios. De inmediato se colgó la joya del cuello y me dijo: "Aquí la llevaré siempre. Sólo me desprendería de ella si volviéramos a enfadarnos». Le aseguré que, en ese caso, la joya le acompañaría hasta la tumba... ¡Cómo me maldigo ahora por haber pronunciado esas palabras!»

«En efecto, Katherine, mientras vivió, no se separó nunca de la piedra. Recuerdo que aquella noche, cuando le hice el regalo, se disipó la niebla. Había luna llena y, según mi costumbre, la contemplaba absorto desde los ventanales del salón. Escuché a mis espaldas los ténues pasos de sus pies descalzos, y luego su voz, llamándome por mi nombre:»

—«¡Edgard!»

«Volví la cabeza. El fuego del hogar lanzaba cálidas oleadas de luz rojiza, que incidía con la luz pálida de la luna sobre el cuerpo desnudo de mi mujer. Porque así, sin más atavío que la piedra pendiente de su cuello, se ofrecía a mis ojos, ansiosa de amor. Jamás olvidaré, mientras viva, aquel momento de felicidad suprema, ese recuerdo ardiente que trata en vano de mitigar, a veces, los espantosos acontecimientos que le sucedieron. La poseí sobre la alfombra, al calor del fuego, bajo la turbadora mirada de la luna. Fue hermoso y terrible. El rubí rozaba la punta de sus senos. Sus gemidos, que al principio eran de placer, se prolongaron aún después de que la unión hubiera concluido. En el momento cumbre, cuando el orgasmo

nos envolvía, sentí una sombra entre nosotros, una presencia intangible cuyos dedos de hielo quisieran desgarrar nuestra gozosa intimidad. El fuego bramó de pronto, como impulsado por una inexistente corriente de aire, y sus llamas se agigantaron. Katherine se estremeció y, como digo, siguió gimiendo aún cuando yo hube deshecho nuestro abrazo. A duras penas conseguí tranquilizarla. Sus ojos se habían contagiado del tenebroso brillo del rubí. Le pregunté qué le había sucedido y si, como temía, no había logrado yo, con mis amorosas acometidas, hacerle participar por completo de mi placer.»

—«No lo sé —me respondió—, pero tuve la sensación... Debo decírtelo: tuve la sensación de que no eras tú quien me poseías. Fue horrible..., horrible...»

«Sus ojos se humedecieron mientras pronunciaba esas últimas palabras.»

«Pasó el tiempo. Katherine, después de aquella noche, ya no era la misma. Tenía frecuentes crisis de malhumor, absolutamente injustificadas. A menudo, su tensión y su desasosiego eran permanentes, haciéndose más agudos a la caída de la tarde. Entonces sólo yo, con toda la paciencia que el amor me inspiraba, podía soportarla. Me sentía vagamente culpable, sin saber por qué. Pensé en la posibilidad de consultar a un médico. Al cabo de tres meses me anunció, menos feliz de lo que podía esperarse, que estaba embarazada.»

«Mi júbilo fue enorme. El de ella, inexistente. Atribuí las irregularidades de su carácter a su nuevo estado. En vano traté de engañarme pensando que, cuando el embarazo fuera en aumento, la alegría natural de la maternidad borraría todas las melancolías de su espíritu. Estaba completamente equivocado.»

«El suyo no era un embarazo normal. Katherine iba enflaqueciendo día a día, mientras su vientre crecía y se abultaba de un modo anormal. Era evidente la vampirización de que el feto le hacía objeto. Un hilillo de sangre acuosa le brotaba con frecuencia de la nariz y, lo que resultaba mucho más espantoso, de los

ojos y de los oídos. Su aliento se fue haciendo más fétido de día en día, hasta el punto de que difícilmente podía soportar su presencia en la cama común. Dios me había dado, sin embargo, infinitas provisiones de paciencia. Mi amor por ella fue poco a poco transformándose en una agria compasión. Su estado era en extremo lamentable, hasta el punto de que las ojeras, amoratadas, cercaban sus ojos como dos sentencias de muerte. Con frecuencia abandonaba yo la casa, porque la creciente alteración de sus nervios estaba contagiando los míos. Pero se negaba empecinadamente a dejarse visitar por un médico, ya que todos esos síntomas los consideraba normales de su nuevo estado.»

«Eran frecuentes sus explosiones de cólera. Su tensa sensibilidad le impedía soportar el menor ruido. Su mente se debilitaba tanto como su cuerpo, y fue presa de las obsesiones más extravagantes. Aunque su capacidad mental disminuía, dio en pensar que yo maquinaba un secreto plan para asesinarla. Quise convencerla del absurdo de semejante suposición, pero no lo logré. Sus movimientos fueron haciéndose nerviosos, frenéticos hasta el paroxismo, y desplegaba, a veces, una energía insospechada. Se ponía en guardia de un modo animal, automático, cuando por descuido, me acercaba yo a su deforme vientre algo más de lo que ella estimaba conveniente. Por mi parte, sospeché que de la misma forma que aquel odioso feto (el estado de su madre no me permitía albergar hacia él otros sentimientos) se alimentaba cruelmente de su sangre, la mente que en él estaba encarnándose absorbía con avidez creciente la energía cerebral de Katherine. Mi mujer, o mejor dicho, lo que de ella quedaba, había adoptado el hábito de tomar ingentes cantidades de estimulantes, tal vez en un esfuerzo desesperado por permanecer consciente, pese a lo cual parecía estar, a menudo, con la mante en blanco. Soporté todos estos síntomas con la agitación y tristeza que cabe imaginar, pero nada me dolía tanto como su desconfianza hacia mi persona,

que llegó a hacerse casi absoluta, como su mutismo.»

«Las costumbres de la casa no habían variado, sin embargo, substancialmente. Aunque sus tensiones me impedían dormir muchas noches, seguíamos compartiendo la cama. Hacia el octavo mes, muy próximo ya el alumbramiento, me despertó una noche con un grito terrible. Me apresuré a encender el quinqué de la mesilla de noche. La vi incorporada en la cama, con el rostro congestionado, presa de agudos espasmos. Su vientre monstruoso se agitaba a intervalos, sacudido por movimientos concéntricos de dudosa naturaleza. «¡Me está ahogando! —dijo— ¡Mátalo, mátalo ahora mismo! ¡Me ahoga!» Aquellas expresiones me inmovilizaron hasta el estupor. Logré calmarla un tanto con grandes esfuerzos. Su crisis histérica se manifestaba ahora con lágrimas incontenibles. En medio de las cuales, entre sollozos, añadió: "Mi vientre está inmundo... Siento las manos sucias, sucias, cada vez más sucias". No cesaban las sacudidas de su vientre. Puse la palma sobre él y, por vez primera, Katherine no me lo impidió. El feto, al notar el contacto de mi mano, cesó en sus movimientos y se contrajo hasta ponerse duro como una piedra. Asombrosamente, el vientre estaba frío. No sé de dónde procedía la insufrible sensación de asco que me hizo apartar la mano de inmediato. Tal vez fue el presentimiento de que ese feto, aunque vivo, tenía la sangre helada. Katherine cesó de llorar, sufrió un último espasmo y quedó rígida, tendida en la cama. Sobresaltado, me incorporé del lecho. Temí seriamente por su vida. Sin embargo, aunque de forma débil, seguía respirando. Y su vientre, antes duro y contraído, se mostraba ahora blando y móvil, en contraste con la rigidez general de su cabeza, pecho y miembros. Comencé a vestirme apresuradamente, para llamar a un médico, pero no tardó Katherine en recobrar el sentido. Al cabo de un minuto, estremeciéndose, me aseguró que tenía mucho frío. Sentí por ella una honda compasión. La arropé con la manta y fui a estrecharla entre mis brazos, pero me rechazó.

"¡No me toques! —dijo— ¡Estoy maldita...! ¡Maldita!"»

«Tres días después llegó el momento horrible del alumbramiento. Katherine me lo anunció, pálida como el papel, con el rostro helado, la respiración afanosa y todo su ser temblando por los efectos de una oscura premonición. Descubrí en el fondo de sus ojos algunos restos resplandecientes de la antigua Katherine y me conmoví hasta los tuétanos, porque yo también intuía que su fin estaba próximo. La abracé fuertemente, sin poderme contener y mis lágrimas se sumergieron en su todavía hermoso cabello. Pero el feto, al sentir mi contacto, se retorció en el fláccido y abultado vientre y Katherine, lanzando un grito de dolor, cayó desmayada.»

«La deposité sobre la cama. Su corazón latía aceleradamente. Sus ojos giraban sin cesar, con movimientos desacompasados. Su aliento era más fétido que nunca. Salí de casa corriendo, en busca de la comadrona. Al regresar con ella, Katherine gritaba, desde la alcoba, como una poseída. Subimos las escaleras lo más rápido que nos fue posible. La encontramos aullando, retorciéndose entre las sábanas. No me creí con fuerzas para asistir al alumbramiento, y no sé cómo pude resistir hasta el final. Mi cuerpo estaba tenso, mi mente inquieta, mi corazón sobresaltado por un tenebroso sentimiento que me mantenía paralizado, a los pies de la cama, desde las primeras contracciones de Katherine.»

«Por el ensangrentado útero asomó una pequeña mano. La comadrona cruzó conmigo una mirada significativa: el parto no se presentaba nada bien. Mi mujer, continuamente sacudida por espasmos dolorosos, no tenía ya fuerzas ni para gemir y permanecía semiinconsciente. La comadrona introdujo de nuevo la pequeña mano y trató de cambiar la posición del feto para que saliese primero la cabeza. Mientras estaba realizando esas operaciones observé algo sobre el pecho de Katherine que me cortó la respiración. Era que en el nacimiento de los senos, justamente

debajo de donde solía apoyarse el rubí, había surgido la mancha de una quemadura cuya forma coincidía, punto por punto, con la de la joya, que seguía pendiente de su cuello. Cruzó por mi mente, con la rapidez de un impulso instintivo, el propósito de arrancársela. Pero en ese momento la comadrona solicitaba mi ayuda. Quería que yo sujetase, firmemente abiertas, las piernas de mi mujer, mientras ella trataba de extraer la cabeza. Me aferré a las pantorrillas de Katherine conteniendo sus convulsos temblores. Desde mi posición podía observar perfectamente la salida del feto... Mi mano tiembla, como temblaban las pantorrillas de Katherine, al recordar lo que ví.»

«Su cráneo era anormalmente grande, de color amarillento y desprovisto de pelo como la cabeza de un anciano. Me negaba a aceptar que semejante engendro pudiera ser mi hijo, y eso fue lo primero que pensé al ver la arrugada piel del cráneo, sus orejas membranosas. Pero nada me inquietó tanto como descubrir su rostro renegrido y tembloroso, sus ojos abiertos, su boca llena de diminutos y puntiagudos dientecillos... Adiviné que la comadrona trataba de contener un grito de asco y horror. Por mi parte, estaba tan fascinado ante el insólito espectáculo del recién nacido que no me di cuenta, en aquellos momentos, de que las piernas de Katherine habían dejado de temblar. Creo que murió momentos antes de que la comadrona cortara el cordón umbilical.»

«Tras la tensión acumulada, aquella horrible escena me hizo perder el conocimiento. No lo recobré enteramente sino cinco días después, gracias a la solicitud de mi hermana Lucille, que vino a cuidar de mí y del engendro nada más enterarse de lo sucedido. Pasé esos cinco días enfebrecido, asaltado por multitud de pesadillas, negándome a salir de la cama para enfrentarme con la realidad; mucho más espantosa, entonces para mí, que todas esas pesadillas. Lucille, mostrando una entereza de ánimo que yo mismo estaba muy lejos de poseer, se ocupó también del entierro de Katherine y de hacer que, en la medida de lo po-

sible, el ritmo de la casa regresara a los cauces de la normalidad.»

«Consentí a salir de la cama pero me negué a ver a mi presunto hijo. Lucille hacía el papel de madre a la perfección, aunque su extraño aspecto le inquietara y los múltiples dientes de la criatura le produjeran un cierto temor. Pronto se dejaron sentir las huellas de esos dientes en el biberón con que lo alimentaba.»

«Por intermedio de Lucille llegué a conocer algunas otras particularidades de aquel ser que, a los pocos días de su nacimiento, empezaba a demostrar un apetito insaciable y una movilidad absolutamente desproporcionada para su edad. No dormía nunca, pero semejante circunstancia no parecía afectar para nada a su fisiología. Sus cortas y velludas piernas se fortalecieron pronto lo bastante como para poder soportar el peso del cuerpo. Tenía las manos pequeñas y delicadas, pero sus brazos eran igualmente robustos y velludos. El vientre, fuerte pero abultado en exceso, daba muestras de la incipiente capacidad de su estómago. Al cabo de una semana, la leche resultó insuficiente para alimentarlo y Lucille probó, con éxito, a ofrecerle alimentos sólidos, que aquel raro organismo devoraba a satisfacción. Mordisqueaba y engullía la carne con especial avidez.»

«Eran, sin embargo, sus ojos, lo que más inquietaba a Lucille. Tan claros que apenas si se distinguían de la córnea. Parecían los ojos de esos ciegos atacados de tracoma, pero veía perfectamente. A menudo permanecía quieto como una estatua de sí mismo, pero reaccionaba con extraordinaria celeridad al menor estímulo exterior. La temperatura de su cuerpo, según yo había intuido, era sensiblemente más baja de lo normal, pero ni el frío ni el calor parecían afectarle demasiado... Sólo la infinita compasión de Lucille, la gran bondad de su corazón podían hacerle medianamente llevadero el cuidado de semejante bestia que permaneció oculta, por expreso deseo mío, a la vista de familiares y curiosos.»

«Lucille comenzó tomando su ingrata tarea con

apasionamiento, pero al cabo de quince días le resultó difícilmente soportable. Prejuicios de carácter moral y, sobre todo el temor y la repugnancia que me impedían acercarme al engendro, conservaron su integridad física, ya que la idea de darle muerte empezó a ser acogida por mi espíritu como la única liberación posible.»


«El desenlace, sin embargo, ocurrió de una manera mucho más horrible. Una noche, hacia las tres de la madrugada, un grito espantoso rompió violentamente mi sueño. Reconocí la voz de Lucille. Encendí una vela y bajé corriendo a la planta baja. La puerta del dormitorio estaba entreabierta. De su interior se escuchaba una respiración entrecortada y violenta. Confieso que sentí un miedo cerval antes de empujar esa puerta. Un olor acre y fuerte, que al principio no logré identificar, inundaba el ambiente. Atravesé al fin esa puerta, con la vela levantada y el color de la sangre, espantosamente esparcida por todo el cuarto, me confirmó la ominosa naturaleza del olor que había percibido.»

«Hubiera preferido arrancarme los ojos para no haber visto el atroz espectáculo que la macilenta llama de la vela me ofrecía. Sobre la cama, el cuerpo destrozado a mordiscos de Lucille se estremecía con los últimos estertores. Me miraba sin ser capaz ya de percibirme, con los ojos abiertos a un horror infinito. Vi sus vísceras despedazadas, sus pechos horriblemente mutilados... ¡Dios mío! Yo también grité, retrocedí ahogado de espanto. Y entonces una negra figura, de ojos centelleantes, cruzó rápidamente la puerta, rozando mis piernas con su asquerosa frialdad, manchándome de sangre fresca las pantorrillas. Cuando al fin pude reaccionar traté de salir en su persecución por la oscuridad del pasillo. Me detuve, sin embargo, al escuchar un ruido de cristales rotos procedente de la puerta. Cuando comprendí al fin lo que sucedía era demasiado tarde. El monstruo, envuelto en girones rojos, escapaba corriendo por la calle. La débil luz de un farol de gas me permitió ver

todavía cómo aquella masa infrahumana, con inimaginable fuerza, levantaba la tapa de una alcantarilla y se hundía en las profundidades subterráneas. Si entonces hubiera cedido al imperioso deseo de acabar con mi vida, me hubiera ahorrado para siempre el horror de estos recuerdos. Esa misma noche profanaron la tumba de Katherine. El rubi que colgaba del cuello del cadáver había desaparecido.»






Los
últimos
de Yiddí

Los últimos de Yiddí

Daniel Tubau

¿Qué extraña lengua era aquella que él podía leer y sin embargo desconocía?
¿Cuál era la verdad del misterio que se ocultaba en el sótano de la vieja mansión Chambers?



2 de octubre

QUERIDO Robert:

No sabes cómo agradezco tu carta, tus comentarios, tus frases de afecto y el contínuo ofrecimiento de ayuda que reflejas en ella. Todo eso me hace comprender que en ti tengo un fiel amigo.

Te doy gracias infinitas por haberme invitado a tu casa y no dudes que iré en cuanto me sea posible. Me siento orgulloso de tu amistad y, aunque tú les quieras restar importancia, de todos es conocida la brillantez de tus trabajos científicos que aunque yo no comprendo en su totalidad (nunca se me dieron bien las ciencias), te convierten en uno de los más avanzados investigadores del país y (¿por qué no decirlo?) del mundo. El haberte alentado en tus comienzos representa para mí un motivo de gran satisfacción como lo es el hecho de que tú no hayas olvidado los días de nuestra infancia en Newportbury. ¿Te acuerdas de aquella casa abandonada que convertimos en nuestro cuartel general? Yo sí, y estoy deseando volver allí para revivir tan lejanos días.

Tú siempre me comprendiste y aceptaste mi forma de ser, mis espantosos sueños y mis momentáneos delirios fantasmagóricos...

Cuando intenté quitarme la vida, todos me catalogaron de loco y sólo tú comprendiste que el motivo de mi acción era el trance psicológico que arrastro desde mi niñez. Me gustaría hablar contigo de este tema, pues tus investigaciones acerca de la genética y la herencia me parecen muy acertadas y pudiera ser que me afectaran personalmente.

Tengo que acabar la carta, pues ante mí está la molesta enfermera que me atiende dispuesta a inyectarme otro de sus desagradables productos farmacéuticos. En cuanto este cancerbero insolente me deje en libertad, reuniré mis pertenencias y me pondré en camino hacia Newportbury para reunirme contigo.

Esperando verte pronto, se despide, Arthur.

8 de octubre

Querido Arthur:

A modo de devolución de cumplidos me parece obligado responderte que todas esas investigaciones que tanto alabas no son suficientes para interpretar tus oníricas visiones que con tanta maestría reflejas en tus cuadros y en tus libros y que muchas veces he pensado son más reales que todos mis elucubrados estudios. No debes, por tanto, considerar tus sueños producto de la fantasía; pues quizá con el tiempo se demuestre, a la luz de la ciencia, que son tan consistentes como la teoría de la evolución lo es ahora. Esto te lo dice un científico materialista que no se atreve a negar (con toda su ciencia a cuestas) los fenómenos que escapan al campo de la lógica. Desde luego no acepto en su totalidad las connotaciones científicas de tus sueños; pero, de igual modo, tú no deberías aceptar mis teorías en su totalidad por muy comprobadas que estén. En fin, no creo que este sea un tema apropiado para discutirlo en una carta, así que lo relegaré para un momento posterior en que podamos mantener una conversación «tete-a-tete».

El auténtico motivo de esta carta es el comunicarte

que me veo obligado a ausentarme de mi casa, por lo que te dejo las llaves de la misma en la taberna Blach Eagle, de Newportbury (¿te acuerdas de ella?). Con solo dar tu nombre te las entregarán. En la mansión estarán el viejo Josh, la señora Simpson y dos nuevas criadas, pero he creído conveniente que seas tú quien tenga las llaves de todas las habitaciones. No te has de preocupar por nada, pues he dejado todo dispuesto para tú llegada. Acomódate en el ala oeste y compórtate como si estuvieras en tu propia casa. Espero encontrarte ya instalado a mi regreso.

Robert

12 de octubre

Del diario de Arthur Elliot:

Siguiendo el consejo del profesor Ashton, reanudo mi diario. Ayer salí del hospital de Milwaukee tras pasar en él más de un mes. Cuando me disponía a emprender viaje hacia Newportbury para reunirme con Robert, me llegó una carta suya en la que me explicaba que debía ausentarse por un tiempo, lo que le impedía recibirme personalmente. No obstante, me daba las instrucciones necesarias para instalarme en su hogar, lo que es de agradecer pues no tengo otro sitio a donde ir. Ya estoy completamente restablecido y, gracias a un medicamento que me han proporcionado en el hospital, puedo dormir tranquilamente sin temer a las pesadillas y visiones a causa de las cuales intenté quitarme la vida.

Un carro de caballos me conduce a la antigua mansión de los Chambers; no puedo evitar recordar aquellos días que Robert, mi hermana y yo pasamos en la casa del bosque. Me es imposible olvidar aquella noche en la mansión abandonada ni a aquel vagabundo que tanto espanto nos causó. Era una fría noche de invierno; como tantas veces nos encontrábamos en aquel tétrico caserón cuando él apareció ante noso-

tros y nos habló de un crimen que tiempo atrás se había cometido allí mismo; después —mirando a mi hermana—, dijo: «El crimen no ha sido olvidado por ellos, y las visiones que golpean tu mente noche tras noche sólo son recuerdos de una anterior existencia que, poco a poco, se adueñará de ti hasta que sólo seas una parte de ellos. Puedo ver en tu frente la fatídica señal que ha de convertirte en su emisario. Mas no será asi mientras yo viva y cuando se cumpla el tiempo fijado. Yo seré el que acabe contigo». Nos asustó de tal modo su historia que huimos despavoridos como si tras nosotros galoparan todos los demonios del infierno. Semanas más tarde —ya repuestos del susto—, volvimos a la mansión pero no encontramos al vagabundo que tan profunda huella dejara en todos nosotros, especialmente en mi hermana.

Aquel suceso habría quedado en el olvido de no ser porque diez años después mi hermana desapareció de modo misterioso y nunca más la he vuelto a ver. Si a esto se añade lo que descubrimos semanas más tarde en la mansión...

En fin, no debo recordar aquello, al menos por el momento, pues Newportbury ya está cerca.

14 de octubre

Querido Arthur:

Dos días después de que abandonases el hospital, fui allí para decirte algo que considero de la mayor importancia. No te encontré, pero me dijeron que Robert te había ofrecido su casa y como aún conservo sus señas, espero que esta carta llegue a tus manos.

Analizando la copia que me diste de tu diario y las grabaciones que me permití tomar en tus sueños y delirios, he llegado a importantes conclusiones. Creo haber descifrado parte de las palabras que aparecen en las cintas magnetofónicas. Son frases de una lógica escalofriante y guardan relación con otras que he ha-

llado en antiguos volúmenes de la Universidad de Miskatonik. No puedo darte más detalles, pero he decidido reunirme contigo y con Robert en cuanto me sea posible en Newportbury. No hagas nada hasta que yo esté allí y por lo que más quieras, no visites la mansión abandonada. No bromeo. Pronto me reuniré contigo.

Frank L. Ashton

14 de octubre

Del diario de Arthur Elliot:

Estoy en casa de Robert, llegué hace tres días. ¿Qué podría yo decir de este lugar que tan lejanos recuerdos me evoca?

En la mansión viven conmigo el viejo Josh, que ahora desempeña el cargo de jardinero; la señora Simpson, que, con más benevolencia que antaño, continúa rigiendo los destinos de este lugar y dos nuevas criadas que se ocupan de la limpieza y de la comida. La señora Simpson me pidió perdón por el desprecio que siempre nos mostró a mi hermana y a mi desde que fuimos adoptados por el padre de Robert. Aún así, a menudo la he descubierto mirándome con extraña fijeza y, ¿por qué no decirlo?, con miedo, ese miedo que siempre inundaba su rostro ante la más mínima mención a mi padre. Creo que ha llegado el momento de averiguar quién era mi padre, por qué todos se niegan a pronunciar su nombre y por qué el señor Walter Chambers nos adoptó a mi y a mi hermana. Espero con ansiedad el regreso de Robert, pues intuyo que él sabe más que yo de mi origen. Se a ciencia cierta que Walter Chambers habló, en el momento de su muerte, de un libro que mi padre siempre llevaba consigo y de una misteriosa mujer que ambos conocieron en su juventud y que pudiera ser mi madre.

18 de octubre

Del diario de Arthur Elliot:

He recibido una carta del profesor Ashton en la que me dice ha descubierto algo de gran importancia. Me ruega encarecidamente que no visite la mansión abandonada. De todos modos no pensaba hacerlo, al menos hasta que Robert regrese.

Anoche sucedió algo que aún me asombra y a lo que no puedo hallar una explicación lógica. Llovía como sólo llueve en Newportbury y la noche era fría, gélida, por lo que suprimí mi habitual paseo por los alrededores de la mansión para refugiarme en la biblioteca. En la chimenea crujían las brasas y un suave olor a bosque se apoderaba cálidamente de la estancia. Buscaba un libro que me distrajera cuando, en el ángulo más escondido de la biblioteca, mi vista se encontró con varios volúmenes que en seguida me interesaron. Sus títulos no eran los de cualquier libro y todos ellos daban la sensación de esconder un saber oculto entre sus páginas. Allí estaban «Los caminos de Wolftung» de Von Kampf; «Estrabonius notarium», de Odevios y «El campo de lo irracional», de Pietro Mannara. Sin embargo, me decidí por un volumen de gruesas tapas y hojas apergaminadas en el que puede leer, «Los últimos de Yiddí». Me acomodé junto a la chimenea y comencé a leer. Era uno de esos libros que hablan de dioses paganos y maldiciones olvidadas. Comenzaba con una invocación a un dios llamado Yiddí que, según el libro, era un ser que habitaba en los pantanos esperando pacientemente el día de su venganza. Después se perdía en absurdas divagaciones acerca de otros dioses (los que desterraran a Yiddí a los pantanos) y con este método —el de citar continuamente, sin ninguna lógica, dioses y más dioses de sonoros nombres—, trascurrían sus páginas en un ambiente de total artificialidad que cansaba al más sesudo lector. Cuando ya me disponía a dejarlo a un lado, entró una de las criadas con un té que yo le había pedido anteriormente. Entonces,

mientras colocaba el té, vi que miraba el libro, que yo había dejado abierto sobre la mesa. Después alzó la vista y me miró extrañada.

—Dígame, ¿sucede algo? —le pregunté.

—No, nada, perdone —contestó ella evasivamente ya que, al fin y al cabo, yo era huésped de quien había contratado sus servicios.

—Me pareció —insistí— que ese libro le ha interesado. ¿Lo conoce acaso?

—No —dijo—, es que desconozco el idioma en que está escrito y me deja perpleja el que usted pueda entender esos extraños signos.

—¿Extraños signos? —inquirí sorprendido y cogí el libro para demostrarle que estaba escrito en inglés (el único idioma que yo creía conocer), pero al hacerlo me di cuenta de que ella tenía razón. El libro no estaba escrito en inglés sino en un idioma que era desconocido para mí y que sin embargo podía leer con toda facilidad. Sorprendido por mi descubrimiento, y no queriendo alarmar a la criada, argüí embarazado que sólo lo estaba hojeando y que yo —como ella— desconocía el idioma en que estaba escrito. Cuando la criada se retiró, quedé a solas con mi asombro. Aquel libro estaba escrito en unos caracteres que yo antes nunca había visto y que, sin embargo, me eran familiares hasta el punto de no darme cuenta al leerlo de que aquel no era el idioma británico. Dejé el libro en su sitio y me retiré a mis habitaciones perplejo por aquel suceso que aún no puedo explicarme. Quizá sea el mismo idioma que yo hablo en mis sueños y que el profesor Ashton ha conseguido descifrar.

20 de octubre

Del diario de Arthur Elliot:

Ayer llegó Robert. Le hablé del libro y desde entonces no ha habido otro tema de conversación entre nosotros; dice que de nuevo su ciencia ha sido derro-

tada por lo inexplicable y me tiene todo el día traduciendo aquel complicado y aburrido volumen. Aún así, he de decir que algunos párrafos me resultan familiares...

Hemos recibido carta del profesor Ashton en la que nos anuncia su llegada el día 29 de este mes. Estoy impaciente por verle de nuevo y saber qué es lo que ha descubierto.

25 de octubre

Del diario de Arthur Elliot:

Hoy me he despertado muy tarde y al buscar a Robert le he encontrado en la biblioteca enfrascado en el estudio de mis traducciones de «Los últimos de Yiddí». He aprovechado para preguntarle el origen del libro y me ha confesado desconocer su existencia hasta que yo se lo mostré; pues nunca se había interesado por aquellos libros y no se explicaba por qué los poseía su padre. Al mirar las primeras páginas hemos encontrado la firma de su propietario. Hemos podido leer: «1731. Broderick Chambers», que supusimos era el nombre de algún antepasado de Robert. Esta misma fecha aparece en todos los libros del rincón donde encontré «Los últimos de Yiddí». Y lo que es más extraño, las fechas que acompañan el nombre no son contemporáneas entre sí. Dada la absoluta similitud de las grafías de todas las firmas queda descartada la hipótesis de varias generaciones cuyos varones llevaran el mismo nombre de pila. La firma más antigua es de 1610 y la más reciente de 1913. ¿Cómo se puede concebir que una misma persona haya vivido más de trescientos años?

Al atardecer, Robert me propuso visitar la mansión abandonada y he aceptado sin dudarlo. No creo desobedecer al profesor Ashton con esta acción, pues no iré solo, sino acompañado de un hombre de nervios bien templados y proceder científico: Robert.

26 de octubre

Del diario de Arthur Elliot:

Ayer por la noche visitamos aquel terrible lugar. La puerta se encontraba atrancada pero, al estar totalmente podrida, la echamos fácilmente abajo. Al entrar, llegó hasta nosotros una ráfaga de aire pestilente. En toda la mansión se respiraba una atmósfera de suma putrefacción y abandono, la pintura del techo se había desprendido a causa de las lluvias; al caminar sobre el segundo piso existía el peligro de pisar en falso y caer al piso inferior. Fue entonces, caminando sobre las resquebrajadas maderas de la segunda planta, cuando se nos ocurrió la idea de que aquella mansión debía tener un sótano. Convencidos de que así era comenzamos a buscarlo encontrando, por fin, una losa que —no cabía duda— comunicaba con el sótano. En la losa no había ninguna argolla que permitiera levantarla, pero entre los dos conseguimos apartarla a un lado. Robert entró primero y desde abajo me indicó que las escaleras eran seguras por lo que bajé yo también. Con las linternas encendidas comenzamos a recorrer el lugar. Era inmenso, pues al parecer habían sido demolidos los tabiques y las separaciones interiores. Allí el olor a putrefacción era aún mayor y las telarañas formaban tupidos cortinajes que resultaba difícil esquivar; las ratas corrían libremente de un lado a otro y descubrimos en ellas una osadía nunca observada en estos pequeños y repugnantes animales. Algunas se acercaban hasta nosotros desafiándonos a través de sus brillantes ojillos y era difícil rechazarlas, tan sólo la potente luz de las linternas nos permitía mantenerlas a distancia. Robert extendió la linterna ante sí y pudimos ver, en el fondo de la estancia, una especie de púlpito que constituía, al parecer, el único mueble del sótano. Sobre el púlpito distinguimos las páginas de un libro. Guiándome por mi linterna, caminaba hacia allí, cuando sentí que algo tocaba mi espalda. Un sudor frío recorrió mi cuerpo, pues Robert caminaba de-

lante mío. Sobreponiéndome al espanto, giré sobre mi mismo y —puedo jurarlo— contemplé el rostro de un cadáver que me miraba fijamente a través de sus ojos mortecinos. Toda su carne era blancuzca, pastosa, y revelaba una profunda putrefacción. Los labios sangrantes acentuaban sus pálidas facciones; y el cuello, aquel horrible cuello, estaba atravesado de parte a parte. La sangre coagulada de la herida destacaba sobre la grisácea piel. No pude evitar desmayarme y caí al suelo con la horrenda sensación de haber visto antes aquel rostro. Cuando recobré el sentido, Robert salía de la mansión llevándome en sus brazos y su rostro revelaba un profundo desconcierto. Una vez a salvo de aquel horror, le conté a Robert lo que había visto y el insistió en que no había visto nada y atribuyó, vagamente, lo sucedido a mi imaginación. Sin embargo no le dije que aquel rostro me era conocido, que aquel rostro putrefacto, de una persona a la que tanto quise, fue la auténtica causa de mi horror...

Siguiendo el consejo de Robert, he tomado un sonmífero y me he retirado a descansar.

29 de octubre

Del diario de Arthur Elliot:

Por fin. Hoy llega el profesor Asthon; en el momento en que me encuentro necesito su ayuda y su consejo, pues después de lo que vi hace dos noches en la mansión abandonada, temo por mí mismo y presiento que ya no podré dormir con la seguridad de no ser asaltado por las demenciales pesadillas que ya antes hicieron peligrar mi vida. Sin embargo, durante el día no hay nada que temer y, así, esta mañana Robert y yo retomamos «Los últimos de Yiddí»; hemos decidido pasar por alto toda la primera parte para analizar la segunda (llamada «Los cultos de Yiddí») que promete ser más interesante y concreta que la anterior.

En este momento, Josh nos comunica que ha llegado el profesor Ashton...

31 de octubre

Del diario de Arthur Elliot:

Desde que llegó el profesor Ashton, han sucedido cosas horribles. Intentaré explicarlas con calma a pesar del febril estado en que me encuentro:

Nada más llegar, le contamos todo cuanto había sucedido en los últimos días y se alarmó sobremanera cuando le dijimos que habíamos visitado la mansión abandonada. El desechó la idea de que aquel rostro cadavérico fuera producto de mi imaginación y, dirigiéndose a Robert, dijo:

—Deja por un momento tu ciencia aparte porque nos enfrentamos a algo desconocido, algo a lo que hemos de vencer o nos arrastrará a los abismos de la locura y de la muerte. Me conoces bien y sabes que nunca exagero al hablar.

La declaración del profesor nos alarmó y por un momento pensamos que realmente estaba loco. Entonces me preguntó:

—Aquel rostro que viste, ¿era el de ella, verdad? Era tu hermana ¿no es así?...

—Sí —musité ante la certeza de que no había sido un sueño, ante el convencimiento de que aquello ya era conocido por el profesor Ashton antes de que yo se lo revelara.

—Nuestras vidas corren peligro —dijo—, pero aún no es demasiado tarde. Estaba escrito que ella había de morir, pero sé por las traducciones que he logrado hacer de tus sueños que el horror que nos amenaza puede ser vencido si actuamos con rapidez. Aquel vagabundo que encontrásteis en la mansión la mató, mas ella aún se vengó y se lo llevó consigo a las tinieblas. La próxima víctima serás tú, Arthur; yo también he logrado traducir «Los últimos de Yiddí» y en el segundo capítulo esta escrito:

«Y Yiddí Despertará De Su Letargo. Estirpe Antigua Lo Convocará Y El Mundo De Nuevo Será De El. Mas El Bien Y El Mal Batallarán En El Seno De La Familia Del Brujo. Durante Décadas El Bien Y El Mal Enfrentados Por El Regreso De Yiddí Cambiarán Sus Máscaras Contínuamente Hasta Que La Victoria Se Incline Por Uno De Los Dos Bandos.»

—Walter Chambers —prosiguió el profesor Ashton—, intentó salvaros a ti y a tu hermana de vuestro padre, mas ella sucumbió y se unió a las huestes del mal, a la estirpe de su padre, Broderick Chambers.

—Entonces, musitó Robert, mi padre y el de Arthur eran hermanos...

—Hermanos, primos, padre e hijo... no lo sé. Pero ambos pertenecían a la misma estirpe. Broderick Chambers era (o es) inmortal o al menos extraordinariamente longevo, sin embargo, Walter Chambers murió a la edad de setenta y seis años, pues he hallado su ficha entre los registros de nacimientos. Sea como fuere, Walter se percató de la maldad de Broderick y descubrió sus horribles propósitos. Le combatió ingresando en sus filas, consiguiendo vencerle al menos momentáneamente; pero él (Broderick) ha regresado y ya Walter no vive para detenerle otra vez, sólo quedamos nosotros y no se si lograremos derrotarle de nuevo.

El profesor, advirtiendo entonces nuestra consternación, nos propuso descansáramos hasta el día siguiente, pues nos esperaban horas de horror y muerte.

—Si sobrevivimos —dijo—, tendremos tiempo para discutir largamente de Broderick Chambers, de tu hermana y de todos nosotros.

Despedí a Robert y al profesor Ashton y subí a mi habitación. Estaba inquieto por todo lo que nos había sido revelado y por lo que aún nos esperaba. Tomé varios somníferos pero no pude conciliar el sueño; a pesar de que no hacía calor todo mi cuerpo sudaba y las sábanas se pegaban a mí como fantasmas. Era ya noche cerrada y sin saber qué hacer daba vueltas en

la cama intentando dormir. Mas me era imposible, por lo que me levanté decidido a ir a la biblioteca. Me puse una bata y abrí la puerta con cuidado, la casa estaba silenciosa, demasiado silenciosa, pero no le di mayor importancia y bajé lentamente por las escaleras. Con una mano apoyada en la pared y la otra delante mío bajé uno a uno los escalones sin atreverme a asirme a la barandilla como temiendo encontrar a un ser extraño sobre ella. Por fin llegué a la biblioteca y encendí dos velas; una la dejé sobre el escritorio y la otra la coloqué en un candelabro que no habría soltado por nada del mundo. La luz de las velas proyectaba extrañas formas que se arrastraban entre los libros y sentí que una presencia extraña me vigilaba. Sin dar importancia a esta sensación, cogí «Los últimos de Yiddí» y me senté frente al escritorio. Lo separé por su segunda parte y encontré una invocación que no pude evitar leer en voz baja. Algo se movió a mis espaldas y desapareció tras una estantería. Un temblor estremeció mis labios y musité: «Anna, ¿estás ahí?» Un horrible gorgojeo respondió a mi llamada, era ella, ¡era ella! Retrocedí angustiado y la vi arrastrarse tras de mí, acercándose. Apoyado en la pared busqué la salida perseguido por aquella sombra que se aproximaba lentamente. Comencé a subir las escaleras y algo viscoso tocó mi mano haciéndome tirar la vela. Ya no sabía si aquel ser estaba delante o detrás de mí, pero logré llegar a la habitación y tras cerrar la puerta, ya a salvo, caí desmayado sobre la cama. Al día siguiente me desperté al oír los gritos de Robert y el profesor Ashton que me llamaban...

Hoy es la víspera de todos los santos; cuando anochezca iremos a la mansión abandonada, estoy a punto de volverme loco...

Carta de Robert Chambers
a la Universidad de Miskatonick:

En estos desesperados momentos he de dirigirme a

alguien con la esperanza de que el horror que amenaza a la tierra sea desterrado al lugar de donde vino. Quizá consideren esta carta obra de una mente retorcida o piensen que intento burlarme de ustedes, pero debo escribir esta última carta para poder morir con la conciencia tranquila. Si alguien recoge mi llamada, encontrará aquí, en mi casa de Nawportbury, el diario y las cartas de Arthur Elliot que he reunido junto a mi diario y las notas del profesor Ashton.

Anoche, Arthur, el profesor Ashton y yo nos dirigimos a la mansión abandonada. En nuestro pensamiento solo vivía la idea de enfrentarnos a Broderick Chambers. Durante el camino, el profesor Ashton nos reveló algunos datos que nos eran desconocidos y que nos afectaban personalmente a Robert y a mí.

—Broderick —dijo el profesor— descubrió la traición de Walter, pero durante el tiempo que este se fingió acólito suyo tuvo tratos carnales con la esposa del brujo. De esta unión naciste tú (me dijo), mientras que Arthur y su hermana nacieron del brujo. Al morir Broderick, Walter os llevó consigo y en todo momento intentó apartaros del camino emprendido por Broderick. Mas éste, al regresar de su letargo, unió a la hermana de Arthur a sus huestes y no consiguiendo hacer lo mismo con Arthur, llenó su mente de espantosos sueños tratando de conducirle al suicidio. En cuanto a ti, Robert, él nunca reparó en ti ni te consideró una amenaza...

La mansión abandonada ya estaba cerca y como respetando su imagen dejamos interrumpida la conversación. La noche había caído sobre los campos de Newportbury; guiándonos gracias a tres potentes linternas, caminábamos lentamente y con gran precaución. Pasamos sobre la puerta que habíamos echado abajo días atrás y penetramos en el interior. Después de mirar largamente a su alrededor, el profesor Ashton, nos pidió que le indicáramos el lugar donde se hallaba el sótano. No pude reprimir mi asombro al ver la losa colocada de nuevo en su sitio. En aquel momento comencé a pensar en la visión que Arthur

había tenido en aquel lugar y no pude evitar el creer en su autenticidad. Sin embargo, no dije nada a mis compañeros; levantamos la losa y nos dispusimos a bajar al sótano. El profesor Ashton lo hizo primero e inmediatamente le seguimos Arthur y yo. La atmósfera era irrespirable, más que nunca, y el fétido olor a tumba y a carne putrefacta nos hizo retroceder momentáneamente. Ya desde el primer momento las ratas nos atacaron llevándonos hacia el fondo de la estancia. Oímos un murmullo lejano, un cántico que poco a poco se aproximaba hacia nosotros. Sin embargo no vimos a nada ni nadie, solo ratas, horribles ratas saltando unas sobre otras en su afán por alcanzarnos. Un golpe seco nos reveló que la losa había vuelto a ser colocada en su sitio. El profesor Ashton, que iba en último lugar, tropezó y cayó al suelo. Enfocamos nuestras linternas sobre él y sólo vimos ratas, gigantescas ratas que lo cubrían ya por entero. Corrimos en su ayuda y con las linternas comenzamos a golpear a aquellos repugnantes seres. Una de las ratas saltó sobre mí y apenas tuve tiempo de golpearla con la linterna, vi como su cabeza estallaba por el golpe y mi rostro se llenaba de su sangre. Casi al instante otra rata, aún más grande que la anterior, hundió sus uñas en mi pierna y comenzó a morderme con sus afilados dientes. Golpeé una y otra vez a aquel ser que parecía querer arrancarme la pierna, pero no logré separarlo de mí. Una y otra vez esquivaba mis golpes y hundía sus dientes en mi carne. Por fin, ya muerta, tuve que arrancarla de mí, pues aún así seguía agarrada.

Con todo, logramos liberar al profesor Ashton y huimos de las ratas. Estábamos cerca del púlpito cuando una sombra apareció ante nosotros, el profesor y yo no nos movimos, pero Arthur se acercó a aquel ser demoniaco y descargó su linterna sobre él. El golpe nunca llegó a su destino, pues una garra velocísima surgió de debajo de la túnica y agarró en el aire el brazo de Arthur, haciéndole soltar la linterna y obligándole a arrodillarse. Sólo teníamos una lin-

terna, la mía. Se la lanzamos al ser que aprisionaba a Arthur pero la esquivó y se inclinó sobre nuestro compañero. Al rato, Arthur comenzó a entonar una invocación. Sus palabras fueron repetidas desde el fondo de la estancia. Se desató una fuerte tormenta y el sótano comenzó a encharcarse; sin embargo, el cántico no cesaba. Sintiendo que algo maligno se adueñaba de aquel lugar, el profesor Ashton musitó «no es él, no es él» y sacando un puñal de su cinto se lanzó sobre Arthur. Los infernales seres que nos rodeaban se abalanzaron sobre el profesor pero no pudieron evitar que este matara a Arthur. Pude notar que al cesar el cántico la presencia que antes dominara la estancia retrocedía dejando solos a los acólitos de Broderick. Huí de aquel repugnante lugar perseguido por aquellos seres. Levantó la losa haciendo un esfuerzo sobrehumano y no paré de correr hasta que me encontré tras la puerta de mi mansión. Despedí a la señora Simpson y a las dos criadas y pedí a Josh que se quedara conmigo.

En este momento se acerca Broderick seguido de sus infernales criaturas. Ya no hay salvación para mí pero no permitiré que se apoderen de los secretos que pueda esconder esta casa. Josh me trae unas antorchas en este momento. Prenderé fuego a la casa y entregaré esta carta a Josh con la esperanza de que se salve. Cada vez suenan más cercanos los cánticos: «Yiddí... Yiddí... Yiddí». Por favor... por favor...



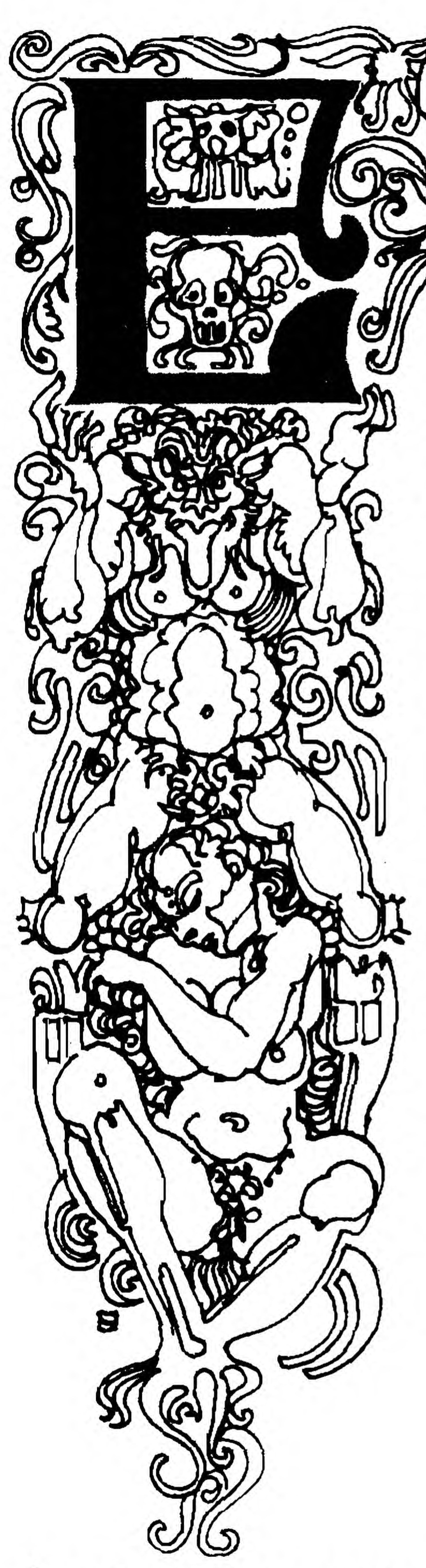

El maletín
gris
B



El maletín gris

P. Martín de Cáceres

El viaje prometía ser feliz... El tren era rápido y confortable y su circunstancial compañero de departamento un elegante caballero de refinados y exquisitos modales. Sin embargo...



EL caballero se levantó cortésmente y ayudó a Marcela a colocar sus maletas en la red. Extremadamente elegante y ataviado con toda pulcritud, aparentaba unos cincuenta años. Su rostro de formas angulosas y las sienes ligeramente plateadas permitieron a Marcela calificarle en el acto dentro de la categoría «interesante».

Una vez instalado el equipaje, el caballero en cuestión, extrayendo una pitillera de plata del bolsillo de su chaqueta, ofreció un cigarrillo a Marcela que lo rechazó dándole las gracias.

—¿Le molesta que yo fume? —preguntó solícito.

—En absoluto —repuso ella.

Y acto seguido, el caballero se enfrascó en la lectura de un montón de periódicos. Marcela agradeció que su compañero de viaje no se sintiera obligado a forzar una conversación salpicada con los tópicos de rigor acerca de los retrasos ferroviarios y otros lugares comunes que suelen sacarse a relucir cuando se inicia un viaje en tren. En cierto momento le pareció advertir que su acompañante sostenía el diario demasiado alto, como si más que leer pretendiera ocultar su rostro. Al momento siguiente sus miradas

se encontraron reflejadas en el cristal de la ventanilla. Marcela retiró apresuradamente la vista y el caballero se concentró en la lectura, lo que pudo advertirse porque, poco a poco, el periódico fue descendiendo hasta situarse a una altura más natural.

Apenas se inició el viaje y un camarero recorrió los vagones anunciando la apertura del bar, su compañero de departamento se dirigió a Marcela.

—¿Puedo invitarla a tomar un café?

—Más tarde quizás —repuso ésta—. Es probable que en estos momentos todo el mundo haya tenido la misma idea. No soporto las aglomeraciones— añadió sin perder la sonrisa.

—Le ruego que me excuse, entonces —dijo él—. La acompañaré más tarde si me lo permite. Los trayectos se me hacen más cortos visitando el bar de vez en cuando.

Cuando Marcela se quedó sola en el departamento se dispuso a ojear uno de los periódicos de su acompañante, y ya extendía la mano hacia ellos cuando quedó inmovilizada por el sobresalto.

—¿De veras no quiere venir? —dijo el caballero reapareciendo súbitamente en la puerta.

Ella se sintió como si un policía la hubiera sorprendido robando una manzana de un puesto ambulante. El caballero debió de notar su embarazo porque añadió:

—Le recomiendo un artículo de «Semanario Mundial». Según su autor el tren es el medio de transporte más seguro— y con una leve inclinación de cabeza desapareció camino del bar.

Marcela se llamó estúpida por experimentar aquella sensación de intimidación y, cruzando los brazos, se mordió el labio inferior hasta hacerse daño. Unos momentos después tomó un diario y lo hojeó sin concentrarse demasiado en lo que hacía. Pensó que debería haber aceptado la invitación.

Unos minutos más tarde le asaltó la duda de si habría o no guardado en el maletín el regalo para su madre, y bajándolo de la red, introdujo la diminuta

llave en la cerradura. Forcejeó un momento sin conseguir abrirlo hasta que se apercibió enojada de que lo había dejado abierto. Hasta transcurridos unos segundos no se dio cuenta de que aquella maleta no le pertenecía. La suya, casi exactamente igual a ésta, permanecía situada un poco más allá. Volvió a colocar apresuradamente todo en orden y de pronto advirtió que sus manos tropezaban con una peluca. Con un rápido movimiento separó una camisa sin poderse impedir la curiosidad y sus ojos se detuvieron en algo que en principio tomó por un soporte para mantener la peluca sin que ésta perdiera su forma. Pero al segundo siguiente, mientras sus manos trémulas se esforzaban por no desordenar más el contenido del maletín, tuvo que admitir que lo que sus ojos estaban contemplando era una cabeza humana, y junto a ella, la mano derecha de un hombre, ambos miembros horrendamente ensangrentados y como si apenas hiciera unas horas que habían sido seccionados del resto del cuerpo al que habían pertenecido.

A pesar de que lo más urgente era cerrar de nuevo el maletín antes de que el caballero regresara, cosa que podía ocurrir en cualquier momento, Marcela permaneció petrificada por el espanto, incapaz de reaccionar. Una sombra cruzó por el pasillo camino de otro departamento. Finalmente cerró la maleta, y no había hecho más que derrumbarse sobre su asiento, cuando hizo su aparición su compañero de viaje.

—Tenía usted razón —dijo—. El bar estaba completamente lleno.

Marcela le miró intentando sonreír, pero comprendió que tan sólo había esbozado una mueca estereotipada. El caballero la miró fijamente a su vez, y después tomó asiento.

Ella deseaba salir del departamento, pero estaba segura de que, antes de que lograra alcanzar la puerta, caería desvanecida al suelo. Por otra parte, un temblor convulsivo comenzaba a agitar su cuerpo y tuvo que emplear todas sus energías en controlarlo a

fin de que él no lo advirtiera. El caballero se levantó de nuevo y cerró del todo la puerta corrediza cuyo pestillo no había encajado. A continuación tomó un periódico y comenzó a leer.

Necesitaba tomar algo que la hiciera reaccionar. Tenía el estómago revuelto, y el copioso sudor provocado por la impresión de lo que había visto se enfriaba sobre su piel provocándole nuevos escalofríos y temblores. Por último, sintiendo que la náusea invadía su garganta, se levantó camino de la puerta del departamento, pero sus fuerzas estaban tan menguadas que no fue capaz de descorrerla. El caballero, al advertirlo acudió en su ayuda.

Marcela salió al pasillo y se encaminó al W.C. El traqueteo del tren disimuló su propia falta de estabilidad. Un segundo antes de entrar en los servicios volvió la vista atrás. Su compañero de viaje se había instalado junto a una de las ventanillas del pasillo y parecía observar atentamente el paisaje.

Cuando, tras vaciar su estómago, se sintió ligeramente aliviada, pasaron rápidamente por su imaginación las diferentes opciones que le cabía adoptar. ¿Debería acudir al revisor y contarle lo sucedido? ¿Habría policía en el tren? ¿No sería preferible no darse por enterada?...

Necesitaba con urgencia una taza de té, pero al salir de nuevo al pasillo advirtió que el caballero continuaba en la misma posición, y al oír la puerta del W.C. se volvió hacia ella. Marcela, temiendo que recelara o le resultara extraño que, tras haber rehusado hacía poco, la viera encaminarse ahora hacia el bar, regresó en dirección al departamento como quien no puede impedirse caminar hacia su propia perdición. El caballero le abrió gentilmente la puerta y permaneció fuera dándole la espalda y contemplando el panorama. Tenía la sensación de que había comenzado a vigilar sus movimientos.

Acurrucándose en un rincón, cerró los ojos e intentó poner en orden sus pensamientos. Una oleada de tranquilidad mitigó su inquietud cuando se le ocu-

rrió que el caballero no tenía por qué sospechar que ella había abierto la maleta debido a una confusión y estaba enterada del macabro contenido de la misma. Aparentando naturalidad, podía llegar tranquilamente al fin del viaje y denunciarlo luego a la policía, afirmando que no lo había hecho antes por las circunstancias de obligada proximidad, temor, etc.

Abrió nuevamente los ojos y con gran recelo elevó la vista hasta el maletín. Estaba pensando si sus nervios no le habrían jugado una mala pasada cuando se dio cuenta de que una de las dos pequeñas cerraduras permanecía abierta. Seguramente, en su confusión, la había cerrado mal y con el movimiento del tren se había desenganchado el mecanismo. La posibilidad de que el propietario de tan fúnebre equipaje se apercibiera de la situación volvió a sumirla en un gran estado de nervios. Ahora, el caballero se hallaba ligeramente vuelto hacia el departamento, y tan pronto dirigía su vista hacia el exterior como hacia el fondo del pasillo. No podía arriesgarse a intentar trabar el mecanismo de cierre sin grandes posibilidades de ser vista, pero tampoco resultaba conveniente dejarlo en aquel estado.

En tan inquieta situación, sus ojos fueron a parar sobre uno de los periódicos extendidos por el asiento. Dos columnas de la última página estaban ocupadas por un artículo cuyos titulares rezaban: «Salvaje asesinato. La víctima aparece decapitada y con las manos seccionadas». Ahora ya no le cabía duda de que lo que había visto era absolutamente real.

Decidida a jugarse el todo por el todo, se levantó aprovechando que el caballero se encontraba de espaldas, y aproximándose al maletín, alargó una mano temblorosa hacia la cerradura. En aquel momento se oyó el ruido de la puerta al descorrerse. Marcela, sin saber a ciencia cierta lo que hacía, dio un paso más y tomó convulsamente su propio maletín. A su espalda alguien dijo:

—Billetes, por favor.

El temblor de sus manos hizo que tardara más de lo normal en encontrarlo. Finalmente, volcó todo el contenido de su bolso sobre el asiento hasta que apareció.

El caballero continuaba en el pasillo, y, al salir del departamento, el revisor solicitó amablemente la exhibición de su billete. Después de que lo hubo mostrado, entró con intención de sentarse. Marcela palideció al ver que su compañero de viaje dirigía la vista hacia su maletín y reparaba en la cerradura.

—He perdido las llaves— dijo el caballero, y con una ligera presión del dedo encastró el mecanismo de cierre. Marcela suspiró hondamente. Su aspecto era el de una persona próxima a sufrir un desvanecimiento.

¿Se encuentra mal, querida? —preguntó su elegante compañero de tren.

Ella estaba decidida a poner aquel macabro hecho en conocimiento de la máxima autoridad del convoy, para lo cual debería alejarse del departamento.

—Una taza de té me vendrá bien, disculpe —dijo levantándose.

—Permita que la acompañe —manifestó el caballero.

—No se moleste, se lo ruego —repuso Marcela poniendo excesivo énfasis al rechazar la oferta.

—No puedo permitir que salga sola en esta situación —añadió él.

—¿En qué situación? —balbució la muchacha.

—Está usted pálida como un cadáver —comentó su compañero de viaje.

—¿Sí? —articuló ella sin fuerzas.

Abrió la puerta corrediza y la tomó por el brazo con firmeza sin que ella opusiera resistencia.

—¿Adónde... adónde me lleva?

—Al bar, naturalmente. ¿Dónde si no? —repuso el caballero.

Mientras permanecían en el concurrido salón-cafetería, Marcela experimentó la sensación de que todo el mundo estaba pendiente de ella y esperaban

una denuncia del terrible hallazgo. Hasta la pregunta del camarero le resultó significativa.

—¿Qué desea, señorita?

Ella pidió un té y su acompañante un café solo.

—¿Nada más? —inquirió el camarero con lo que ella en su estado de nervios lo tomó por doble intención.

—No —repuso secamente el caballero abonando las consumiciones.

Marcela tomó el té a grandes sorbos. El líquido caliente consiguió reanimarla, pero seguía teniendo la sensación de que se hallaba inmersa en una pesadilla de la que iba a despertar de un momento a otro. A su lado una pareja charlaba animadamente. Más allá tres mujeres maduras escuchaban ensimismadas a un cuarentón con aspecto de seductor de provincias.

—¿Regresamos? —preguntó a Marcela su acompañante.

En la plataforma de uno de los vagones se cruzaron con el revisor. Marcela le miró intentando transmitirle su inquietud, pero el empleado se limitó a pedirles de nuevo los billetes.

El caballero se dedicó a la lectura atenta de los diarios, y ella se acurrucó en su asiento. ¿Qué ocurriría si de pronto salía al pasillo y gritaba que aquel hombre era un asesino? ¿Se abalanzaría sobre ella antes de que tuviera tiempo de descorrer la puerta? ¿No iba a pensar la gente que había perdido el juicio?

Lo único sensato, suponiendo que él no sospechara que su maletín había sido abierto, era alejarse sola del departamento y poner el hecho en conocimiento del revisor y de la policía, si acaso viajaba en el tren algún agente. Otra opción consistía en mantenerse ajena a lo que había descubierto y esforzarse por conservar la serenidad hasta el final del trayecto. Pero, ¿y si el asesino decidía elegirla como próxima víctima y se abalanzaba contra ella en cualquier momento? En la parte superior, encima de la puerta, había espacio más que sobrado para ocultar un cuerpo. Bastaría cubrirlo con una manta para que nadie se

apercibiera de que allí había un cadáver. La única esperanza de seguridad consistía en que alguien más se acomodara en aquel departamento, pero examinando con disimulo la cabecera de los asientos comprobó que solamente los dos ya ocupados ostentaban el cartel de reservados.

Cuando dejaron atrás la estación de El Río, Marcela recordó que dentro de pocos minutos llegarían a la zona de los túneles. Aquella sería una buena ocasión para abandonar el departamento sin ser vista. Aprovechando la oscuridad reinante saldría al pasillo y escaparía hacia una zona más alejada para denunciar lo que había descubierto. Todo esto suponiendo que el asesino no tuviera la misma idea y se arrojara sobre ella apenas penetraran en el primero de los túneles.

Como presintiendo los pensamientos de Marcela, el caballero abandonó la lectura de los periódicos, y sonriéndola distraídamente, salió al pasillo y, apoyándose en la barra metálica antepuesta a la ventanilla, se dedicó a la contemplación de la campiña.

Marcela advirtió con temor que no podía arriesgarse a abandonar el departamento en aquellas condiciones. Tan pronto abriera la puerta, él podría detenerla tan solo con darse media vuelta.

Durante unos segundos, y cuando ya el convoy rodaba ciñéndose a la muralla rocosa que pronto habría de atravesar subterráneamente, pensó que lo mejor sería atraer la atención del caballero, de tal modo que se viera obligado a sentarse de nuevo. Podría fingir que se encontraba pero o simular un mareo, pero descartó tal hipótesis debido a que, probablemente, su compañero se sentaría aún más cerca de ella. Lo más acertado sería salir también al pasillo y esperar la llegada del primer túnel. En cuanto se hiciera la oscuridad correría pasillo adelante hasta desaparecer.

Cuando estaba a punto de levantarse se abrió la puerta corrediza y entró el caballero, que, ocupando su asiento, la miró fijamente.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó.

Marcela movió afirmativamente la cabeza y se puso en pie dispuesta a abandonar el departamento.

—No debe salir ahora —manifestó él—. Nos aproximamos a una zona de túneles. Y como ella hiciera ademán de dirigirse hacia la puerta, el caballero añadió—: Está usted muy pálida todavía. No puedo permitir que salga sola. Y se puso en pie a su vez.

—Puedo ir sola... —balbució ella.

—Naturalmente, pero si no le molesta yo me veo en la obligación de velar por usted. Soy su compañero de viaje, y me siento responsable de lo que pueda ocurrirle.

—Voy a ir... —comenzó Marcela, pero de ptonto se hizo la oscuridad. Habían entrado en el primero de los túneles.

El olor a carbonilla inundó el departamento, y Marcela, desorientada, avanzó un paso en dirección a la puerta. De pronto el tren dio un bandazo, y perdiendo el equilibrio, cayó sobre su compañero. Notó que unas manos de hierro la asían por sus muñecas sosteniéndola con firmeza. Unos segundos más tarde se hizo de nuevo la luz. Su rostro estaba muy cerca del del caballero. Unos ojos de aceradas pupilas se clavaban en los suyos. El aflojó la presión de sus manos e hizo regresar a Marcela a su asiento.

—¿Lo ve? —comentó—. Podía haberse hecho daño.

De nuevo se hizo la oscuridad. Marcela estaba segura de que los ojos del caballero continuaban fijos en su rostro. Los notaba igual que dos saetas certeramente dirigidas. Con toda seguridad se encontraba al acecho, y quizá sus brazos estaban abiertos como las alas desplegadas de un gran ave, prestos a atrapar a su víctima si intentaba el menor movimiento.

Cuando volvió la luz, se encontró sola en el departamento. Su acompañante había salido sin producir el menor ruido, o quizás el retumbar del convoy dentro del túnel había ahogado el sonido de la puerta. Casi inmediatamente después, el tren penetró en el último de aquellos paréntesis de oscuridad, y Marcela salió

al pasillo dispuesta a alejarse todo lo posible. Caminó a tientas hasta el extremo del vagón, pasó al siguiente, y cuando el tren abandonó el seno de la montaña, Marcela entró en el primer departamento que encontró vacío y se sentó en un rincón corriendo las cortinillas de la puerta. Permaneció allí amodorrada hasta que la despertó el silbato de la locomotora. Ya era casi de noche.

Momentos después se abrió la puerta del departamento y entró el revisor.

—Me he dejado el billete en... —comenzó Marcela.

—No se preocupe —repuso el empleado—. Ya me lo ha enseñado en dos ocasiones.

—Yo... —balbució ella—. Tengo que decirle...

El revisor permaneció atento a las palabras de la muchacha.

—El hombre... Mi compañero de departamento...

El continuaba mirándola interesado. De pronto Marcela comprendió que todo lo que la situación tenía de terrible y angustiosa vivida en su departamento, se trocaba aquí en algo ridículo y sin sentido.

—No va a creerme... —dijo.

El revisor no movió un músculo de su rostro.

—El hombre que viaja en mi departamento... Ese caballero... —vaciló—. Ese hombre es...

—¿Un asesino? —inquirió el revisor.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó ella estupefacta.

—¿Por qué no regresa a su asiento? —rogó el empleado—. Allí tiene usted su equipaje.

—El maletín pequeño...

—Sí —afirmó el revisor.

—En ese maletín hay...

—La escucho.

—Dentro del maletín hay... una cabeza humana... y una mano —sollozó Marcela.

El revisor no pareció inmutarse.

—¡Lo he visto —gritó.

—Tranquilícese, señorita.

—En el maletín gris... ¿No ha visto el maletín gris?

—Desde luego que lo he visto.

—¡No me cree! —exclamó Marcela—. ¿No ha leído los periódicos?

—Sí —repuso el revisor—. Un crimen horrible. Las manos seccionadas... la cabeza. Por favor, tiene que volver a su departamento.

—Ese hombre...

—Estará sola. Ese caballero ya no se encuentra allí.

—¿Le... le han detenido? —preguntó.

—Tranquilícese. Vamos —dijo el revisor tomándola amablemente por el brazo.

—El maletín...

—Tampoco está ya. Cálmese, señorita.

El maletín gris había desaparecido, pero el resto del equipaje y el montón de periódicos continuaban allí.

—Lamento haberla asustado.

Marcela se volvió violentamente. Su compañero de departamento acababa de entrar. El revisor los contempló un momento a través del cristal de la puerta y luego desapareció.

—¿No le habían...? —comenzó a decir Marcela.

—¿Se encuentra mejor ya? —preguntó el caballero.

—El revisor...

—Muy comprensivo —comentó él.

—Déjeme pasar —pidió Marcela.

—Le ruego que me excuse —repuso el caballero apartándose gentilmente a un lado. Ella asió la manilla de la puerta, pero sus menguadas fuerzas no bastaron para descorrerla. Fue necesario que su acompañante lo hiciera por ella.

Con paso vacilante Marcela salió al pasillo. Un viajero que caminaba en dirección opuesta se quedó mirándola cuando dijo:

—Ayúdeme, por favor. Me quiere... ¡Dios Santo! ¡Ayúdeme! —gritó.

Una mujer se asomó a la puerta de otro departamento. Al cabo de un momento varios rostros curiosos asistían a la escena.

—¡Quiere matarme! —exclamó Marcela. Los viajeros se miraron con cara de circunstancias—. ¡Por favor! ¡El es el asesino! ¡Lleva la cabeza y las manos en el maletín! ¡Avisen a la policía!

Uno o dos pasajeros volvieron a entrar en sus departamentos cerrando a continuación la puerta. Una dama con gafas de concha se asomó al suyo y, llevándose el índice a los labios, solicitó silencio.

—¡Por favor! —gimió Marcela aferrándose a la barra metálica que protegía la ventanilla, y notó que las fuerzas la abandonaban. Instantes después perdió el conocimiento y se desplomó exánime.

—Pobrecilla —comentó uno de los viajeros.

—¿Hace mucho que sufre esas alucinaciones?

—Lamento el espectáculo —comentó el caballero dirigiéndose al revisor y a las demás personas presentes en el pasillo—, pero por eso me tomé la libertad de advertir a ustedes acerca del estado de mi sobrina.

—¿Puedo hacer algo más? —preguntó el revisor.

—Ya ha sido usted *suficientemente* amable —repuso el caballero. Ahora le daré un calmante y espero que descanse el resto de la noche. Si no le molesta —añadió—, tenga la amabilidad de devolverme mí maletín. Lo situaré de tal modo que ella no pueda verlo.

El revisor entró en un departamento vecino y regresó un momento después con el maletín. Una de las cerraduras estaba destrabada. Cuando ya iba a entregárselo a su propietario, el empleado perdió el equilibrio, y la pequeña maleta tropezó con la pared. Al instante cedió el segundo cierre, y todo el contenido del maletín se desparramó por el suelo.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó el revisor disculpándose.

—No tiene mayor importancia —repuso su propietario—. He perdido las llaves, y las cerraduras no parecen muy firmes.

Ayudados por uno de los viajeros, fueron recogiendo las prendas desperdigadas, y cuando hubieron dado fin a la tarea, el caballero les dio las gracias y,

deseándoles un feliz descanso, entró en su departamento.

—No olvide lo del último coche —dijo el revisor un segundo antes de que el propietario del maletín corriera la puerta.

El departamento estaba envuelto en una ténue luz violácea que propiciaba el sueño y permitía ver lo suficiente si alguien deseaba permanecer en vigilia. El suave traqueteo del tren fue desgarrando las brumas que envolvían el cerebro de Marcela, la cual, poco a poco, regresó a la realidad.

En principio, su mente permaneció en blanco, y no supo más que se encontraba tumbada y cubierta con una manta. El suave movimiento de la estancia le recordó que se encontraba en el tren, y volviendo sus ojos hacia la ventanilla vio al caballero que la contemplaba atentamente. Su rostro, bajo el influjo de aquella luz violeta, adquiría matices siniestros. Era como una esfinge inmóvil pero acechante que se hubiera arrogado la tarea de velar por ella. Lentamente, los últimos acontecimientos regresaron a su memoria y su mirada intentó penetrar más intensamente aquella inquietante iluminación. La pequeña lámpara morada parecía vibrar en el techo, y sus velocísimas oscilaciones se transmitían a todo el departamento bañando cada rincón con un temblor sin pausa.

—Se encuentra mejor, querida? —la voz llegó a los oídos de Marcela atravesando millones de kilómetros—. Ya ha pasado todo.

Marcela contempló los bultos del equipaje situados sobre la red. Los dos maletines gemelos estaban muy próximos.

—Usted... —musitó sin fuerzas. Las pupilas del caballero se contrajeron y su rostro lupino prestó atención a las entrecortadas palabras de la muchacha—. Esa horrible cabeza... La mano... —añadió ella con extrema debilidad.

—No hay horrible cabeza —repuso su compañero de viaje—. Ni tan siquiera mano... Ya no las hay

—concluyó con lo que acaso pudiera tomarse por un gesto de melancolía.

—Yo...

—Usted es mi sobrina, y ya no hay mano ni cabeza —añadió el caballero tajantemente.

—Yo lo he visto... —balbució la joven.

—Usted lo ha visto... —reflexionó él en voz alta.

—He visto una cabeza... y una mano cortada... ¿Por qué lo hizo?

—Por qué, por qué... ¿Todo ha de tener un por qué?

—Entonces admite que ahí hay una cabeza, una horrible cabeza... —sollozó Marcela.

—No era horrible —repuso el caballero—. Pero ya no está. Su inoportuna equivocación me ha obligado a arrojar esos, diríamos, recuerdos a la vía del tren.

—Déjeme salir —exclamó ella incorporándose—. Quiero salir —repitió—. Ha conseguido engañar al revisor. ¿Qué es eso de que soy su sobrina? Los demás viajeros me ayudarán. ¡Oh, Dios mío! ¡Déjeme salir!

El caballero permaneció inmóvil. En su rostro no se reflejaba emoción alguna, si no era una cierta nostalgia.

—¡No me impedirá salir! —gritó Marcela.

—Oh, querida, me decepciona usted. Una muchacha que parecía tan independiente y segura de sí misma. ¿No ha vivido usted nunca en Londres, por casualidad? Uno nunca debe perder la calma, el buen tono. Lo importante son las buenas maneras, independientemente de que nos encontremos rebanando una manzana o una garganta de mujer —concluyó con parsimonia.

—¡Asesino! —gritó Marcela—. ¡Suélteme!

—Yo diría que me encuentro sentado aproximadamente a un metro de usted. No puedo soltarla, puesto que ni siquiera la sujeto —dijo, y levantándose antes de que pudiera hacerlo Marcela, se aproximó a la puerta y la descorrió invitando gentilmente con un gesto a la muchacha.

—Está usted libre, tesoro.

—¿No va a retenerme? —preguntó ella desde el umbral.

—No —repuso el caballero, para precisar a continuación— *no enteramente.*

Al oír estas últimas palabras, Marcela salió velozmente al pasillo, y pidiendo socorro, se precipitó en el departamento contiguo. Al ver que estaba vacío, entró en el siguiente, y después en otro más alejado, pero en ninguno de ellos encontró un alma. Enloquecida de terror, fue recorriendo la totalidad del vagón. El caballero se asomó indolentemente a la puerta del departamento que ocupaba y encendió un cigarrillo con parsimonia.

—¡Socorro! —gritó Marcela—. ¡Ayúdenme, por favor! —pero nadie acudía en su auxilio. El caballero entró de nuevo en el departamento, y poco después salió nuevamente provisto de un par de guantes de goma de color ladrillo. Con mucha calma comenzó a calzárselos.

—¡Auxilio! —gritaba Marcela abriendo las puertas de los desiertos departamentos—. Finalmente llegó al extremo del vagón y forcejeó con la portezuela, que no se abrió.

—No era lógico turbar la paz de los demás viajeros —comenzó a decir el caballero a la vez que iniciaba la marcha pasillo adelante en dirección adonde se encontraba Marcela.

—¡Por favor! ¡Por favor! —rogaba la muchacha.

—Por esa razón, el revisor ha sido tan amable de prestarme este último vagón, en el que no viaja nadie, a fin de que, si acaso mi sobrina —dijo con intención— volvía a sufrir uno de sus ataques, en el transcurso de los cuales es asaltada por extravagantes alucinaciones, el resto de los viajeros no viera turbada la paz de su descanso —prosiguió mientras avanzaba por el pasillo.

—¡No se acerque! —gritaba Marcela—. ¡Me arrojaré a la vía!

El caballero chistó en tono desaprobatorio.

—No lo consentiré. Eso es algo que me correspon-

de a mí, y nadie me arrebatará el placer de empujarla hasta que su cuerpo sea destrozado por las ruedas de este último vagón. No todo su cuerpo —puntualizó.

—¡Por favor! ¡Por favor! —sollozaba Marcela—. ¿Por qué yo?

—¿Quién sino usted ha sido la que con su inoportuna equivocación me ha obligado a desprenderme de aquellos objetos valiosísimos?
¡Estúpida! —gritó perdiendo en cierto modo la calma—. ¿Por qué tuvo que abrir mi maletín?

—¡Me confundí! —gimió Marcela intentando razonar dentro de aquella absurda situación.

—«Me confundí» —remedó el caballero aflautando su voz. Acto seguido recuperó su flema habitual y continuó diciendo—: No importan las razones por las cuales viajaban conmigo esa cabeza y esa mano, lo que cuenta es que ya me había hecho a la idea.

—¡Oh! —fue todo lo que Marcela pudo articular.

—¿No se le ocurre nada más estimulante? —preguntó el caballero, a unos metros ya de la puerta sobre la que Marcela aporreaba sin cesar.

Comprendiendo que solamente una decisión heroica y desesperada podía sacarla de aquella situación, Marcela abrió la puerta que daba sobre la vía. Un torbellino de aire helado penetró en el vagón. El distorsionado rectángulo de luz se estrellaba contra la cuneta que cruzaba rauda un metro más abajo. La muchacha vaciló unos segundos, y después se dispuso a dar el salto que había de arrojarla fuera del convoy, pero antes de que pudiera intentarlo unas manos enguantadas la asieron por los cabellos, y levantándola en vilo la depositaron sobre la alfombra del pasillo. Después, las manos descendieron hasta su cuello y comenzaron a ejercer una presión brutal.

* * *

Cuando ya apuntaba el amanecer y los numerosos pájaros que poblaban los árboles de los campos vecinos recibían al sol con sus exaltados trinos, el tren se dispuso a entrar en la estación Suburbial.

El caballero elegantemente vestido abrió un departamento en el que dormitaba el revisor y tendiéndole la manilla metálica dijo:

—Muy agradecido por todo. Aquí tiene su llave.

—No hay de qué —repuso el revisor—. Me alegro de haberles sido útil. ¿Cómo se encuentra su sobrina?

—*No del todo bien* —repuso el caballero.

Los dos hombres se encaminaron hacia el último vagón, en la plataforma del cual se hallaban varias maletas y dos maletines casi idénticos.

—¿Dónde está su sobrina?

—*No puede andar lejos* —contestó el caballero—. Y añadió a continuación—: seguramente se habrá refugiado en la estación huyendo del relente mañanero. Le repito las gracias —dijo disponiéndose a bajar.

—Permita que le ayude —pidió gentilmente el revisor tomando un maletín gris.

—No, ese no —rogó el caballero apresurándose a cogerlo—. Si desea ayudarme cargue con ésta —declaró refiriéndose a la maleta grande.

—Cómo pesa —manifestó el probo empleado alargándosela hasta el andén.

—Con gusto la abandonaría. Es tan incómoda... Además, todo lo importante lo llevo aquí —dijo señalando el maletín gris—. El resto no es más que morralla.

—Podía haberla facturado.

—La próxima vez seguiré sus consejos —repuso el caballero—. A mi me gusta viajar con poco equipaje. Justamente lo necesario —dijo, y señalando el maletín sonrió complacido.

La locomotora silbó estridentemente y el convoy se puso lentamente en marcha.

—Muchas gracias por todo —añadió el caballero.

—«Qué señor tan amable» —reflexionó el revisor mientras hacía ondear su mano en señal de despedida—. «Espero que su sobrina se recupere por completo.» —Y cerrando la puerta del vagón se dispuso a picar los billetes de los escasos pasajeros que habían subido en la estación.


Valentine



Valentine

Alexander Demarest

Su cuerpo parecía haber abandonado la vida, pero sus inmóviles ojos conservaban un brillo indescriptible, una mirada fija que siguió presente, taladrándolos, cuando fueron cerrados sus párpados.



DIO visitar los cementerios el Día de Todos los Santos. El espectáculo de las ofrendas florales multitudinarias, rito mediante el cual los que están arriba tratan de aplacar el terror que les inspiran quienes ya están abajo, me parece una abyección a duras penas disfrazada de sentimentalismo. Cuando veo esas ancianas rigurosamente enludas moverse entre las tumbas floridas, como diligentes abejas de la muerte, desearía no llegar a morir nunca para no sentir el renqueante sadismo de sus pasos sobre la hierba que, indefectiblemente, me cubrirá. Compadezco a los espíritus sensibles; desde sus pútridas mazmorras subterráneas, sentirán el peso de esas vidas miserables sobre sus cráneos como la más horrible de las maldiciones. La paz de los muertos no debería violarse jamás.

Pero ya no creo, después de la atroz experiencia que he vivido, en esa supuesta paz de los muertos. O, mejor dicho, en la paz de algunos supuestos cadáveres, si es que por este término entendemos a los cuerpos cuya descomposición nos induce a creer que están «absolutamente» privados de sensibilidad. Una oscura intuición, que mi mente se esfuerza en vano

por no considerar una evidencia, me dice que el imperio de la muerte no es a veces tan completo como desearían algunos desdichados.

* * *

Ineludibles obligaciones de amistad me forzaron a acudir al cementerio del Pére Lachàise en la fecha anteriormente señalada. Un antiguo camarada, viudo desde hacía varios meses, me rogó que le acompañase a visitar la tumba de su esposa, joven de veinte años que se había ido marchitando sin que los médicos lograsen atajar los síntomas de su extraña anemia. Y digo extraña, porque pese a que Valentine no había perdido nunca el apetito, y pese a la tenacidad con que se aferraba a la vida, su cuerpo había ido enflaqueciendo día tras día, hasta quedar reducido a piel y huesos, y sus mejillas, en otro tiempo frutalmente luminosas y sonrosadas, acabaron adquiriendo la repulsiva y amoratada palidez de los cadáveres. Era, en verdad, lamentable contemplar la fogosidad casi hiriente de sus ojos oscuros, cuyo perenne brillo permaneció aún después de la muerte, resaltando como lúcidos tizones en un rostro tan demacrado que los pómulos parecían desgarrar la delgada capa cerúlea que los envolvía.

La enfermedad de Valentine se afianzaba tan lenta como inmisericordemente, y comenzó a alterar su agitado psiquismo de forma tal que, pese a la enorme cantidad de sedantes que se veía obligada a ingerir, no lograba conciliar el sueño. Durante las frecuentes visitas que, en los últimos tiempos, hacía al desdichado matrimonio, quedé fascinado por una circunstancia insólita. Era que sus ojos, siempre magníficos, parecían haberse agrandado en la constante contemplación de una idea cuya naturaleza terrorífica intuíamos mi amigo Gustave y yo, sin que ninguno de los dos nos atreviéramos a hacerle preguntas sobre ella. Aunque mostraba un dominio absoluto de su persona, aparentaba una calma interior que estaba

muy lejos de sentir, a juzgar por la sobrehumana fijeza de aquellos ojos aterrorizados. Cuando todavía podía caminar lo hacía como un fantasma, dando incluso la impresión de casi flotar en el aire, a tanto se había reducido la consistencia de su cuerpo. Era penoso ver sus manos esqueléticas, la nerviosa celeridad de sus gestos, los frecuentes y convulsos escalofríos de que era víctima. Un frío mortal sellaba mis labios cada vez que, por cortesía, besaba sus mejillas. Poco antes de que se viera obligada a guardar cama murieron, inexplicablemente, las numerosas plantas de la casa. Una densa y maligna atmósfera comenzó a flotar en ella. El día en que Valentine no pudo abandonar su lecho, Bubú, el hasta entonces fiel y cariñoso caniche, se mostró extraordinariamente agitado y arisco, llegando a morder a Gustave en la mano cuando éste trató de hacerle una caricia. Sin que pudiera averiguarse la causa, el animal estaba aterrorizado. Tanto, que en cuanto vio la puerta abierta echó a correr hacia la calle para no regresar jamás.

El hecho había ocurrido por la mañana. Por la tarde, a la hora en que tenía por costumbre visitarles, Gustave me comentó lo ocurrido como la gota que había colmado el vaso de su difícil serenidad. Se echó a llorar en mi hombro, como un niño, compungido no tanto por la desaparición del animal y la muerte súbita de las plantas como por la intuición de que el fin de Valentine estaba próximo. Traté de serenarle y le insté a que se secara las lágrimas para que su mujer no le viera en tal estado. Cuando al fin logró dar a su rostro una apariencia casi normal entramos en el dormitorio de la moribunda.

Valentine, en efecto, parecía sostener a duras penas un hilo de vida. Paradójicamente, sobre la mesilla de noche reposaba una bandeja con los restos de una copiosa comida que la joven acababa de devorar, pues tal era lo que Valentine, en su afán por aferrarse a la vida, hacía con los alimentos. Pese a lo cual, creí encontrarme con una vívida representación de la muerte. Su belfo, medio caído, dejaba asomar una

dentadura amarillenta, cuyos colmillos me parecieron particularmente afilados. Confieso que me estremecí al comparar la Valentine que yacía medio recostada en la almohada con aquella muchacha vivaracha y alegre de apenas unos meses antes. La secreta obsesión que acompañaba a su mal se había traducido en una especie de indolencia hacia el cuidado de su persona, pues no de otro modo podría explicarse, en un espíritu de tanta sensibilidad como el suyo, el hecho de que mostrase unas uñas retorcidas y sucias. La habitación cerrada, en la que Gustave había encendido momentos antes de mi llegada unos palillos de sándalo, despedía sin embargo un olor muy característico, acre, dulzón, hiriente, que me recordó, con toda exactitud, el de la tierra removida de alguna tumba reciente, salvo que se expandía con mayor sutilidad. Gustave se dio cuenta de la desagradable impresión de mi olfato, y me miró consternado.

Valentine era una delgada mancha blanca, más blanca que las sábanas en que se envolvía. Descubrimos su mirada absorta en el techo cuando abrimos la puerta, pero inmediatamente la clavó en mis ojos y sentí mi alma traspasada por los suyos. Ojos inquisidores, remotamente malignos. Con la rapidez de un relámpago, parecieron iluminar todo el cieno que había en mi corazón. Ojos cómplices, sabedores de una verdad ominosa cuyos terribles destellos procedían de la sombra que, como un cáncer se había apoderado de su alma... Estas y otras imágenes turbadoras me vinieron a la mente, sacudida por la extraordinaria viveza de aquella mirada cuyo poder de fascinación parecía aumentar a medida que el cuerpo de Valentine enflaquecía y —lo hubiera jurado, a juzgar por el hedor que despedía— se estaba corrompiendo en vida.

No me atreví, como otras veces, a besarle las mejillas. Ni siquiera me sentí con fuerzas para estrecharle la mano. Le dije, eso sí, que la encontraba con mejor aspecto, aunque de sobra sabíamos todos la inutilidad

de esa mentira, y quise saber cómo se sentía. Arrastró las sílabas para contestar, jadeando:

—Ni viva ni muerta... Pero tengo los ojos muy abiertos. Mi mente sabe...

No pudo, o no quiso, terminar la frase. Cerró los ojos y a través de sus párpados adelgazados que me parecieron, por su color y textura, como papel de fumar, adiviné la palpitación de su mirada en la dura fijeza de la córnea, y supe que, con los ojos cerrados o abiertos, continuaba Valentine sumida en la contemplación de un angustioso paisaje.

Gustave trató de romper el trance de su esposa con alguna palabra cariñosa. Yo sabía que Valentine estaba despierta, sabía que había dejado de dormir desde hacía, cuanto menos, dos meses, y sabía que la terrible agitación que semejante estado de vigilia continuada proporciona estaba removiendo sus entrañas, aunque su férrea voluntad no permitiera dejarlo traslucir. Pero Valentine no respondió a los amables requerimientos de su marido. Le oímos una especie de gruñido o estertor, como un horrible grito apagado, y su cuerpo fue sacudido por un prolongado estremecimiento que presagiaba el próximo fin. Gustave se cogió a mi brazo, temblando, sin valor para acercarse al cuerpo agonizante. La bombilla eléctrica que pendía del techo se debilitó en aquellos momentos hasta convertirse en un pequeño foco de luz parpadeante. Sentí que la atmósfera se había condensado como si hubiera entrado en el dormitorio una presencia malsana, invisible, y el humo dejó de salir de los dos palillos de incienso, súbitamente apagados. El acre olor se hizo entonces nauseabundo. Los huesudos dedos de Valentine se aferraron a las sábanas con insólita fuerza, como garras, mientras su garganta se desgarraba con la dureza de un grito inhumano, terrible. El espectáculo era tan espeluznante que de buena gana hubiera echado a correr. Pero la amistad me imponía el deber de compartir el horror de Gustave, cuya mano oprimía mi brazo hasta producirme dolor.

Ser fiel a la verdad me obliga a no omitir detalle alguno. En un momento, Valentine abrió nuevamente sus ojos terribles, devorados por la fiebre y la insania, e hizo con todo su cuerpo un gesto significativo, contrayéndose hasta lo inverosímil con la tensión de un arco a punto de ser disparado. He visto la agonía de muchos seres humanos, y puedo asegurar que ninguna de ellas se parecía a la de Valentine. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, casi literalmente despedían fuego. Y nos miraba con tal mezcla de horror y triunfo como espero no volver a ver nunca nada semejante. El aire vibraba como removido por un oscuro oleaje. Sentíamos en el pecho el movimiento ondulatorio de una fuerza cuyo origen no podíamos percibir. Supuse que provenía de la enorme tensión nerviosa de la agonizante, desproporcionada para un cuerpo tan débil y consumido, pero estuve tentado de sospechar la existencia de algo más en la cargada y pútrida atmósfera de aquel cuarto.

Luego ocurrió algo que mi pluma se resiste a reflejar. Tendré que hacerlo, sin embargo, pues no de otro modo se explicaría (si cupiera explicación razonable) lo que habría de suceder cuando Gustave y yo visitamos el cementerio el Día de Todos los Santos. Que el lector pusilánime me perdone, pero siento el ineludible deber de relatar todo el herror de que fui testigo.

Valentine, como digo, se contrajo hasta extremos inverosímiles, y una espuma blanca, lechosa, purulenta, comenzó a discurrir por las comisuras de sus labios. Me niego a describir el hedor insufrible que tal líquido producía. Y entonces la boca de la moribunda se abrió hasta mostrarnos una lengua cárdena, horadada aquí y allá por huecos diminutos en algunos de los cuales creí distinguir pequeños puntos blancuzcos, hormigueantes. Semejante visión nos dejó paralizados, pero duró sólo un instante. Acto seguido, en medio de agudísimas convulsiones, el cuerpo de Valentine vomitó... Ahorraré a quien esto leyere una imagen detallada de la horrorosa natura-

leza de aquel oscuro caldo que, como un lago abominable, cubrió el pecho y las sábanas. Sólo diré que era un magma sólido en alguno de sus puntos, hediondo hasta la locura, en el que multitud de vermes tenían como base su execrable existencia... De todo punto inconcebible parecía que semejantes humores pudieran haber encontrado albergue en un ser vivo.

Creo que fue entonces cuando, al parecer, Valentine dejó de existir. Me afirmo en esta creencia como en el último asidero que me impide aceptar lo inaceptable. El cuerpo de Valentine parecía haber perdido la vida. Pero sus ojos ¡Gran Dios! Sus inmóviles ojos conservaban un brillo indescriptible.

Jamás dudé de la entereza ni de la hombría de Gustave quien, sin embargo, cayó al suelo desmayado. A duras penas, por mi parte, pude resistirme a un vértigo creciente. Tuve que hacer un esfuerzo increíble hasta lograr apartar mis ojos de aquel horror. Y aún cuando volví la cabeza sentí sobre mi nuca la fuerza de una mirada insufriblemente lúcida, afilada como un cuchillo. Agradezco a alguna deidad piadosa el que, pese a todo, lograra reunir fuerzas suficientes para arrastrar el cuerpo inconsciente de mi compañero hasta la habitación contigua. Esparcí agua sobre su rostro, froté sus sienes con mis dedos húmedos, y al cabo de unos minutos interminables conseguí devolverle al estado vigil. Sufrió una crisis histérica, llorando y pataleando como un demente. Dejé que de esa forma aliviara la fuerza de aquel inasimilable horror, y al fin logramos ambos serenarnos lo bastante; asumir la espantosa realidad. No quiero recordar cómo conseguimos reunir la necesaria presencia de ánimo para limpiar las inmundicias de aquel «cadáver» y proceder a las ceremonias del enterramiento, y quisiera olvidar la espantosa fijeza de aquellos ojos, cuyo brillo desmesurado inducía a negar las evidencias de la muerte.

Una apatía absoluta invadió el ánimo de Gustave desde el momento mismo en que el cuerpo de Valentine recibió sepultura. Se pasaba las horas sentado

junto a una ventana que daba poniente, inmóvil, ensimismado, dejando que su vista vagara sin objeto por los árboles del Bosque de Bolonia. Abandonó casi completamente sus ocupaciones habituales, y estoy seguro de que se hubiera dejado morir si no me hubiese ocupado yo de sus necesidades más perentorias. Al cabo de varias semanas dio la impresión de haber envejecido un lustro. Con la llegada del otoño, sus sienes comenzaron a poblarse de canas, y una radical indiferencia por todo lo existente comenzó a invadir su corazón. Temí que semejante melancolía acabara con su, de ordinario, quebradiza salud. Enflaqueció y una idea fija ocupó la atención de su mente: «sabía», según me dijo, que Valentine de alguna oscura forma aún estaba viva.

—Temo acercarme a su tumba —añadió—. Temo que la voluntad de vivir de Valentine sea más fuerte que todo. Y sin embargo, «sé» que debo ir, «sé» que me está esperando.

En vano traté de inducirle imágenes menos tenebrosas. Le presenté nuevos amigos, a duras penas logré que accediera a asistir a alguna fiesta. No cambió por ello su actitud, sino que la misantropía que le dominaba llegó al grado de hacerle, en ocasiones, indeseable mi propia compañía. Ello fue la causa de que mis visitas se fueran distanciando cada vez más. La última de ellas ocurrió a finales de octubre. Me sorprendió encontrarle bastante mejorado de su decaimiento, o esa fue, al menos, la primera impresión que de él recibí. La casa, que desde la desaparición de Valentine había ofrecido un aspecto lamentable, estaba ordenada y limpia por primera vez en varias semanas, y el propio Gustave era la imagen misma de la pulcritud. Nada más vernos me abrazó con una cordialidad casi alegre y me hizo partícipe de su proyecto: abandonar París e iniciar una nueva vida en su pueblecito de Normandía, donde sin duda hallaría la paz suficiente para mitigar el recuerdo de tan terribles acontecimientos.

—Debo estar lejos de ella —me dijo a media voz,

como si me hiciera partícipe de un secreto terrible—. Cuanto más lejos mejor... Por las noches me domina. Me grita que sigue viva, que siente el insufrible peso de la tierra sobre su cabeza. Entonces me despierto sobresaltado y creo percibir todavía el hedor que dejó con su último vómito. Creo que la muerte se apoderó de su cuerpo cuando todavía estaba con nosotros. Pero su mente seguía despierta, sigue despierta y contempla cómo se van pudriendo sus entrañas, poco a poco, en el silencio, en la soledad, en la negrura infinita... Te juro que daría mi vida si con ello pudiera liberarla de su espantoso estado. Pero nada puedo hacer. Sólo despedirme de ella para siempre en su tumba. No permitas que me acerque solo. Es el último favor que te pido. Luego me iré y no volveré nunca más a París.

Comprendí, por lo que me decía, que no había superado realmente sus obsesiones. Pero entendí también que no estaba dispuesto a dejarse dominar por ellas. Al borde mismo de los abismos de la locura había logrado, sin embargo, reaccionar y hacía esfuerzos desesperados para no perder la razón. De ahí el relativo cuidado que en los últimos días había prestado a su persona y a su vivienda. De ahí ese gran deseo de huir de la ciudad. Creo que el pobre Gustave no podía hacer otra cosa, así que alenté su deseo y, por supuesto, acepté acompañarle en su fúnebre despedida.

La congestión del tráfico nos impidió llegar al cementerio del Pére Lachàise antes del atardecer. Gustave, en contra de lo que yo había esperado, se mantenía un tanto apagado, sí, pero con una serenidad encomiable. Hablamos de cosas indiferentes mientras nos acercábamos a la tumba de Valentine, y no percibí en su rostro el menor signo de inquietud. Estaba pálido, sin embargo, y parecía completamente ajeno a cuanto le rodeaba. A nuestro lado, algunas personas depositaban flores o rezaban junto a las tumbas de sus seres queridos, pero la mayoría de los visitantes ya había regresado a sus hogares, habida cuenta de lo avanzado de la tarde.

Dejamos atrás una zona de columbarios para llegar a una pequeña plaza cubierta de tumbas entre las que se hallaba la de Valentine, todavía desprovista de lápida. En cuanto apareció a nuestros ojos, Gustave detuvo su paso. La plaza estaba desierta y por tanto nadie, sino yo, pudo contemplar las señales de su repentina agitación. Pálido, convulso, con el terror escrito en la mirada, detuvo su paso bruscamente, como si continuarlo pudiera poner en peligro su vida, y señaló hacia el rectángulo de tierra con una mano temblorosa:

—¡Su mano!

Miré hacia el sitio donde me indicaba, pero no pude advertir nada anormal. Evidentemente, Gustave comenzaba a desvariar, y de nada sirvieron mis requerimientos para que volviera a entrar en razón, sino que cada vez más agitado volvía a señalar hacia una mano imaginaria que, en su locura, creía ver sobresaliendo del negro limo de la tumba:

—¿No lo ves? Me dice que vaya. ¡Su mano! ¡Esa mano espantosa!

Me acerqué a la tumba para convencerle de que era víctima de una alucinación. El sol acababa de ocultarse tras de las tapias y el siniestro recinto comenzó a poblarse rápidamente de sombras. A medida que me acercaba sentía cada vez más en mi pecho la misma fuerza ondulante y opresiva que me había turbado durante la horrible agonía de Valentine. No vi mano alguna emergiendo de la tierra, pero al poner mis pies sobre la tumba mis rodillas temblaron, sacudidas por un helado hormigueo, y el destello de una espantosa clarividencia me hizo saltar hacia atrás. Las plantas de mis pies habían sentido, con toda nitidez, una ominosa vibración. Y entonces escuché a mis espaldas el angustiado grito de Gustave:

—¡Insensato! ¡Estás pisando su mano!

Con la rapidez de un relámpago volví a saltar y miré rápidamente hacia el suelo. Tal vez sugestionado por el horror de Gustave, también yo fui víctima de una alucinación. Una figura traslúcida, fosfo-

rescente, que la putrefacción hacía espantosa hasta la locura, parecía aferrarse a mis tobillos con la insana resolución de la venganza, y sus ojos, los ojos de Valentine, escupían en los míos, con las llamaradas de un fuego helado, todo el horror acumulado en su espantoso encierro.

Sólo la muerte podrá borrar de mi alma la infame herida de este recuerdo. Cuando llegue mi hora espero que Dios se apiade de mí y me cierre definitivamente los ojos. Pero me espanta imaginar, y nada puedo hacer por evitarlo, que tal cosa no llegue nunca a suceder. Por eso he decidido que, cuando los demás consideren que estoy muerto, incineren inmediatamente mi cadáver.


La
Galiciana


B

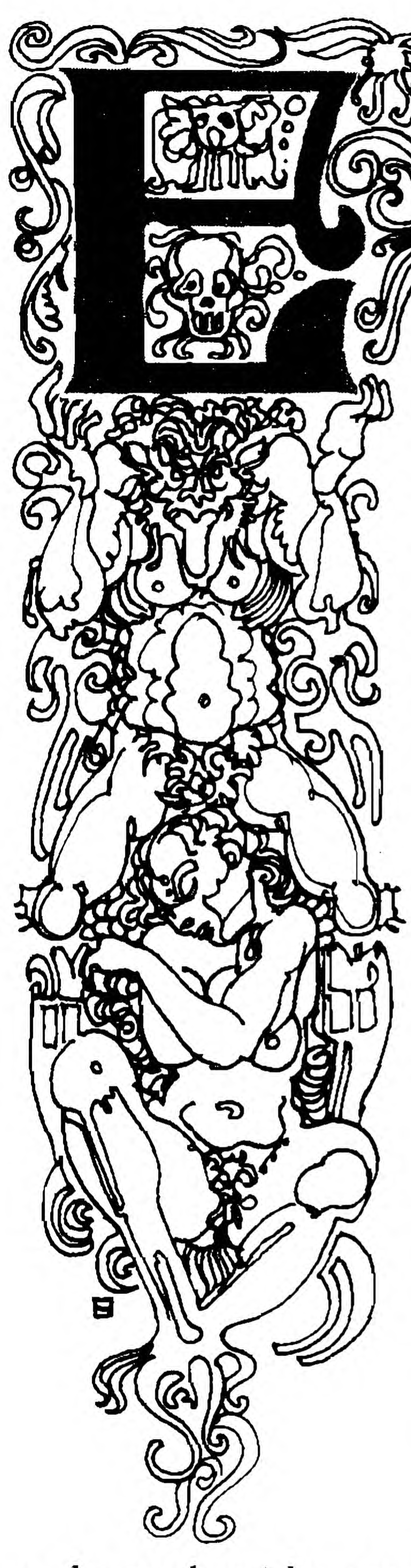
La Galiciana

Pedro Montero

Mientras traza su curva el pez
de fuego, junto al ciprés, bajo el
supremo añil...

Antonio Machado

A Luis



L mismo día en que yo nací, y aproximadamente a la misma hora, se ahogó un niño en el charco de la Galiciana.

Me lo dijo mi abuela un día especialmente caluroso de verano cuando yo le pregunté que quién era aquella mujer descalza que no dejaba de mirarme.

—Es Ramona, la del herrador —me explicó—. Su hijo se ahogó el día en que tu naciste.

Bien porque aquel fuera su camino, o porque lo hiciera expresamente, el caso es que, casi todas las tardes a la hora de la siesta, Ramona pasaba por delante de nuestra casa arrastrando cansinamente sus pies descalzos y acomodándose vergonzosamente sus pobres harapos.

Mi abuela la llamaba algunos días, y le daba algún trozo de pan y de embutido que ella aceptaba musitando, «gracias, ama». Pero jamás le dio dinero.

Ramona había servido de criada en casa de mis abuelos, por eso seguía llamándola ama, y doce años atrás, un cierto trece de agosto, había llegado un telegrama de mi padre anunciando que yo acababa de nacer. A los pocos minutos un muchacho sudoroso comunicó la segunda noticia: el hijo de Ramona se

cual imagino que trató de inventar una respuesta conveniente, pero, al cabo, sus labios se abrieron para decirme la verdad.

—A la Galiciana —repuso.

—¿A la Galiciana? —pregunté yo extrañado.

—Se pasa allí las horas muertas desde hace doce años. Tanto en invierno como en verano no deja de ir ni un día. La gente del pueblo dice que son locuras, pero hay que respetar los sentimientos, sobre todo los de las madres.

—¿Se baña la gente en la Galiciana?

—No —dijo levantando sus ojos y deteniendo un momento su labor—. Es muy profunda, y el agua está muy fría, estancada, la mayor parte del año.

—¿Y qué hace allí Ramona?

—No lo sé. Supongo que se acordará del pobrecillo.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté.

Mi abuela aquella vez siguió tejiendo sin levantar la vista, y no respondió.

—¿No me oyes, abuela? —insistí yo.

—Que más te da —contestó finalmente—. Ya está muerto.

—¿Cómo se llamaba? —repetí intuyendo la respuesta a pesar de mi corta edad.

—Se llamaba como tú —repuso ella en voz baja.

Una tarde en que los rigores del verano no permitían ni siquiera permanecer bajo el emparrado, me encontraba en mi cuarto, donde había sido confinado con la estricta obligación de dormir la siesta. Me tumbé sobre la cama y saqué de un cajón los tres o cuatro libros que había a mi disposición y que releía todas las vacaciones. Elegí uno de ellos y lo abrí al azar.

Siempre me angustiaba seguir las peripecias y los infortunios del protagonista, obligado por las circunstancias y por aquel odioso judío a robar en contra de su voluntad. Por ese motivo, cada vez que tomaba aquel libro y asistía compungido al drama del pobre huérfano, terminaba indefectiblemente releyendo las

páginas finales, que resultaban confortadoras en extremo tanto para mí como para el protagonista, con el cual me identificaba.

Pero aquella tarde, sin saber por qué, el infortunado héroe de la novela se me presentó bajo los ignorados rasgos del hijo de Ramona. Aunque debería decir mejor como una mezcla de mí mismo y de aquel niño cuyo rostro no había visto nunca.

Me encontraba ensimismado en la lectura, cuando me pareció que alguien había pronunciado mi nombre. Miré hacia la puerta, que continuaba cerrada, y acerqué más el libro a la pequeña ventana enrejada. La persiana sumía la habitación en una agradable penumbra, y, las paredes encaladas, el libro, y mis propias manos, aparecían surcados por líneas paralelas de sombra originadas por la interposición de la celosía entre el fresco interior y el bochorno de fuera.

De repente se abrió una pequeña brecha por donde el sol irrumpió en la habitación, al tiempo que algo rozó mis cabellos. Una voz pronunció suavemente mi nombre, y volviéndome precipitadamente, pude ver una mano que se había deslizado por la parte inferior de la ventana y trataba de acariciar mi pelo.

A contraluz, recortado contra los innumerables listones paralelos de la celosía, vi un rostro de mujer cuyos labios se abrían llamándome.

Al instante siguiente de volverme ella retiró su brazo, y por mucha prisa que me di en enrollar la persiana, no pude ver a nadie, aunque no me cabían dudas acerca de la identidad de la mujer.

Abandoné el libro para reflexionar unos instantes, y cuando mis pensamientos se fueron serenando, tomé otro volumen, y por un extraño capricho del destino, me vi sumergido en aguas muy profundas formando parte de la tripulación de lo que la gente, en su ignorancia, había tomado por un gigantesco monstruo marino, cosa que convenía a los propósitos del melancólico capitán de aquel impensado navío subacuático.

Desde aquel día me invadió un enorme interés por a qué dedicaba Ramona las horas muertas que pasaba al borde de la Galiciana. ¿Rezaba? ¿Contemplaba las aguas en silencio? ¿Recordaba con amargura al hijo ahogado?

Hubiera dado cualquier cosa por conocer a qué se dedicaba en sus continuas visitas a la charca, y hasta se me ocurrió escabullirme un día durante la siesta para espiarla desde los matorrales de la orilla. Pero aquel agosto fue un mes de clima muy voluble, y en los días siguientes, el calor aflojó de tal modo que se me excusó de dormir la siesta y se me permitió volver al emparrado con la abuela.

Cada vez que Ramona pasaba a nuestro lado camino de su cotidiana cita con las aguas, yo escrutaba su rostro cuando me miraba, intentando adivinar cuál era la idea que anidaba fija tras su frente. Pero los momentos en que cruzaba cerca de nosotros eran tan fugaces que, cuando ya estaba a punto de intuir un esbozo de sus pensamientos, ella me volvía el rostro y se perdía tras la tapia del huerto.

No obstante, yo estaba para entonces en condiciones de saber, tras repetidas aunque huidizas miradas a sus ojos, que yo ocupaba un lugar preeminente, aunque de naturaleza todavía ignorada, en sus designios.

Cuando leía narraciones de aventuras transcurridas en la India y otros países remotos, nunca había terminado de entender por qué los nativos rendían culto a sus dioses de forma tan extraña. Los fieles de la terrible Shiva o de Visnú procuraban obtener su favor y desviar sus iras con ofrendas, buena parte de las cuales estaban constituidas por alimentos: pan, frutos, dulces, animales vivos o sacrificados. Pero considerando los obsequios que mi abuela hacía a su antigua criada, y el gran parecido, que se acentuaba día a día, entre Ramona y la efigie de una terrible divinidad pagana que yo había visto en un libro, llegué a comprender que es exclusivamente el miedo, y no el amor, lo que induce a los humanos a mostrarse generosos con aquellos a los que temen, ya se trate de

dioses o de hombres: las ofrendas no son, con gran frecuencia, sino fórmulas para tratar de desviar las iras celestiales, o intentos para aplazar indefinidamente las venganzas humanas.

Pero lo que diferenciaba de manera inquietante las dos realidades que yo me entretenía en parangonar era que, mientras que las dádivas que los fieles ofrendaban a sus dioses eran secretamente devoradas por los sacerdotes, los alimentos que mi abuela donaba cada día a Ramona eran arrojados sistemáticamente por ella a los cerdos.

Cierto día en que nos encontrábamos bajo el emparrado, hizo su aparición, como solía, la antigua servidora de mi abuela. Aproximándose con los ojos bajos llegó a escasos metros de donde nos encontrábamos, y sin dejar de caminar, clavó en mí su mirada como siempre.

Entonces advertí que mi abuela se apresuraba a ofrecer a la demacrada sirviente un atado, en el interior del cual había sin duda una provisión de alimentos. Pero no fue el hecho de la donación, al que ya estaba acostumbrado, lo que me sorprendió, sino que el cotidiano regalo fue ofrendado en el momento preciso, como intentando conjurar un peligro; de un modo similar a como se agita un señuelo delante de la fiera, que corre tras su víctima, con el objeto de distraer su atención.

Ramona aceptó el paquete, y como todas las tardes musitó: «Gracias, ama», y siguió su camino.

Con una excusa futil me separé del lado de mi abuela y seguí a la mujer por detrás de las tapias sin que ella me viera.

Al llegar a las afueras del pueblo y pasar junto a las pocilgas, Ramona balanceó su brazo y, sin mirar siquiera lo que contenía, arrojó el paquete a los cerdos, que riñeron entre sí por devorarlo.

Todas las tardes en que me fue posible espié a Ramona sin que ella lo supiera, y todas las tardes ella alimentó a los cerdos con las dádivas ofrecidas por mi abuela.

Cerca ya de mediados de agosto, el tiempo se hizo otra vez bochornoso, y de nuevo tuve que recluirme en mi cuarto a la hora de la siesta. Desde allí contemplaba diariamente el paso de Ramona, que, al no encontrarnos bajo el emparrado, dirigía sus ojos hacia la casa buscando la ventana de mi habitación, y estoy seguro de que podía verme incluso a través de la persiana, porque permanecía allí parada, bajo un sol inclemente, como si supiera que yo también estaba mirándola. Luego se agachaba y recogía el paquete que mi abuela había mandado depositar al borde del camino.

Amaneció el día de mi cumpleaños, pero no me sentí feliz como las otras veces. No sé si es que empezaba a comprender que mi infancia tocaba a su fin y que tendría que disponerme al ingreso en el mundo de los adultos, o acaso lo que causaba mi inquietud era algún presentimiento de lo que el destino me tenía reservado.

Aislados como estábamos de la ciudad, mis padres se las habían ingeniado para mantener ocultos, durante más de un mes, los regalos que me tenían destinados para aquel día, pero lo que más ilusión me hizo fue la magnífica tarta de cumpleaños elaborada por mi abuela. Eran tales sus dimensiones que apenas si se consumió la mitad durante la comida, y quedó dispuesto que el resto se guardara para la hora de la merienda.

Cuando mis padres subieron a buscar los regalos, la abuela cortó un generoso pedazo de pastel, y empaquetándolo cuidadosamente, ordenó a la criada que lo dejara a la sombra, junto al camino. Luego, durante la hora de la siesta, oí voces ahogadas y cuchicheos, y no pude evitar pegarel oído a la puerta con el fin de escuchar. Mi madre recriminaba a la criada por creer que ésta se había comido sin permiso una porción de tarta, siendo así que ya había recibido su parte y no se le hubiera regateado una segunda porción si la hubiera pedido. Finalmente la muchacha confesó que la abuela le había rogado que no dijera

nada del fragmento con que había obsequiado a Ramona.

Mi madre llamó a la abuela y ambas hablaron largo rato, pero de aquella conversación sólo pude entender una frase pronunciada más exaltadamente: «¿No te das cuenta —decía mi madre— de que, en cierto modo, hoy es para ella un triste cumpleaños?»

Acto seguido ordenaron a la criada que saliera a recoger el paquete. Yo me acerqué a la ventana, y vi que al cabo de un rato la muchacha regresaba con las manos vacías. Seguramente Ramona había pasado mientras ellas hablaban y yo escuchaba tras la puerta su conversación.

Acuciado por la curiosidad, esperé unos minutos y, cuando comprendí que todo el mundo estaba ya en su habitación, salí sigilosamente de la casa, y caminé detrás de las tapias hasta llegar a las pocilgas. En el suelo no había ningún resto de tarta, ni siquiera del papel de estraza con que había sido envuelta.

Ya iba a volverme, cuando se me ocurrió que aquella ocasión era la más adecuada si quería por fin enterarme de lo que hacía Ramona todas las tardes en la Galiciana.

Sin pensarlo más emprendí el camino de la charca, recorrí el medio kilómetro que la separaba del pueblo, y cuando llegué a las proximidades de la torrentera el sudor corría por todo mi cuerpo.

Me interné en la maleza buscando la sombra, y al cabo de un buen cuarto de hora divisé la Galiciana entre los matorrales. Me aproximé con precaución, y recorrí parte del perímetro de la charca intentando localizar a Ramona. Por fin la vi. Estaba mucho más cerca de mí de lo que yo había supuesto, y tenía en la mano un voluminoso paquete, seguramente el pedazo de tarta.

Como si hubiera esperado mi llegada o intuido mi presencia, comenzó a desenvolver el donativo, y al cabo de un momento la tarta apareció ante mis ojos. Pellizcó levemente con dos dedos la superficie del pastel, y se llevó a la boca una diminuta porción que

masticó lentamente. Acto seguido balanceó por dos veces el brazo con el que sostenía el envoltorio, y dando un fuerte impulso, arrojó la tarta a la charca cuyas aguas la engulleron de inmediato. A continuación musitó unas palabras que la distancia me impidió comprender, y mirando en dirección hacia donde yo me encontraba, aunque obviamente la maleza me ocultaba a sus ojos, dio un gran salto y se arrojó a la Galiciana.

Petrificado por lo que había visto, permanecí unos instantes sin poder moverme. La mujer se debatía en el agua agitando los brazos con desesperación, aunque de su boca no salió una palabra. Sus ojos se desorbitaban, y su cabeza se hundía y volvía a salir a flote agitada por sacudidas de desesperación. Sus brazos redoblaron los agónicos movimientos, y yo, comprendiendo que se ahogaba sin remedio, me quité la camisa y me dispuse a arrojarme al agua para tratar de salvarla. Sólo en el último segundo, en el momento en que ya había iniciado el salto, comprendí que sus brazos no se agitaban en demanda de ayuda: era que me estaba llamando.

Nadé hacia ella velozmente, y cuando llegué adonde se encontraba, sus angustiosos movimientos cesaron, y mirándome con ojos de demente, sumergió mi cabeza en el agua sujetándola con una fuerza descomunal y extraña.

La última imagen que mis ojos contemplaron, mientras me hundía en las oscuras aguas, fue la de una mujer que nadaba reposadamente hacia la orilla de la charca.

A pesar de que lo hubiera deseado, no pude regresar a casa aquella noche, ni lo haré las siguientes, porque ahora yazgo junto a mi tocayo en el fondo de la Galiciana.





El corazón revelador



El corazón revelador

Edgar Allan Poe

Las mejores producciones de Poe no son relatos. Son algo más. Son descripciones del alma humana, retorciéndose en las convulsiones de la ruptura.

D. H. Lawrence



FECTIVAMENTE, soy nervioso, tremendamente nervioso, y lo he sido siempre. Pero, ¿decís por eso que estoy loco? La enfermedad ha podido aguzar mis sentidos, pero no por eso los ha destruido ni embotado. El más sensible de todos ellos era el oído. Escuché todas las cosas del cielo y de la tierra, e incluso bastantes del infierno. ¿Cómo, entonces, he de estar loco? Si prestáis atención, podréis observar con cuánto equilibrio, calma y vigor puedo narraros toda esta historia.

Contar cómo pudo esa idea entrar por primera vez en mi cerebro no es posible. Día y noche me acosó, una vez que la hube concebido. Y no había motivo alguno. La pasión nada tenía que ver con ello. Porque yo quería al viejo. Jamás me había hecho daño alguno. Nunca me insultó, ni su oro despertó en mí la menor codicia. Pero era su ojo. Sí, era su ojo, uno de sus ojos que se parecía al ojo de un buitre, un ojo azul pálido, con una catarata. Mi sangre se helaba cuantas veces caía ese ojo sobre mí. Y así, poco a poco, se me fue metiendo en la cabeza la idea de matar al viejo para, de tal forma, librarme para siempre del ojo maldito.

Es difícil que no me creáis loco, pero recapacitad en que los locos nada saben de cosa alguna. Y si me hubiérais visto, si hubiérais sido testigos de la sabiduría con que procedí, de las cautelas, los disimulos, las precauciones con que llevé a cabo mi proyecto...

Jamás había estado tan amable con él como durante la larga semana que procedió al asesinato. Noche tras noche, alrededor de las doce, descorría el pestillo de su puerta y la abría despacio, muy suavemente. Y cuando ya estaba lo bastante abierta como para que pudiera pasar mi cabeza, introducía por la abertura una linterna sorda, cerrada, muy bien cerrada, para que no se filtrara claridad alguna. Entonces metía la cabeza. Os hubiérais reído viendo con qué habilidad lo hacía, cómo la movía lenta, muy lentamente, por temor a despertar al anciano. Necesitaba al menos una hora para introducir toda la cabeza por la abertura y poder así ver al viejo acostado en su cama... ¿Hubiera dado un demente tantas muestras de prudencia?

Y en esos momentos, cuando toda mi cabeza estaba dentro de la habitación, abría con precaución, con infinito cuidado mi linterna, y justamente lo necesario para que un hilo imperceptible de luz incidiera sobre el ojo de buitre. Esto lo hice durante siete interminables noches, precisamente a las doce. Pero me fue imposible realizar mi propósito porque siempre encontraba el ojo cerrado; no era el viejo el que me molestaba, sino su ojo maldito. Y todas las mañanas, justo cuando amanecía, entraba en su cuarto y le hablaba cordialmente, llamándole por su nombre, interesándome por cómo había pasado la noche. Tendría que ser un viejo muy perspicaz para sospechar siquiera que noche tras noche, a las doce precisamente, alguien le observaba durante el sueño.

Extremé mis precauciones al abrir su puerta la octava noche. Mucho más de prisa de lo que se movía entonces mi mano se mueve la aguja de un reloj. Nunca, como aquella noche, me pude dar tanta cuenta de la magnitud de mis facultades, de mi saga-

cidad extraordinaria. La sensación de triunfo me embargaba de tal manera que apenas podía dominarla. Pensar que estaba allí abriendo la puerta poco a poco, y que él ni siquiera soñaba en mis acciones o mis pensamientos secretos... Esa idea hizo que se me escapara una risita, y es posible que me oyese, porque de pronto se movió en su lecho como si estuviera a punto de despertar. Quizá supongáis que entonces me retiré. Pues no lo hice. Negro, negro como la pez estaba su cuarto; tan espesas eran las tinieblas, ya que el viejo había cerrado las ventanas con todo cuidado por miedo a los ladrones. Seguro de que él no podría ver la puerta entreabierta, continué empujándola un poco más, siempre un poco más...

Ya había introducido mi cabeza del todo, y me disponía a abrir la linterna cuando mi pulgar resbaló sobre su cierre de hierro, despertando al anciano con el ruido tan bruscamente que éste se incorporó de la cama y preguntó:

—¿Quién está ahí?

Guardé silencio y permanecí completamente inmóvil. No moví un solo músculo durante toda una hora, y en ese tiempo no oí que volviera a acostarse. Continuaba sentado en la cama, escuchando, exactamente igual que había hecho yo durante noches enteras, atento al roce de las arañas en las paredes.

De pronto oí un débil gemido. Comprendí que se trataba de un lamento de terror mortal. No había en esa expresión asomo alguno de dolor o tristeza. Nada de eso... Era el murmullo sordo y ahogado que escapa de lo íntimo de un alma oprimida por el espanto. Conocía demasiado bien ese murmullo. Infinidad de noches, justo al filo de la medianoche, cuando el sueño se había apoderado de todos, irrumpía en mi propio lecho, excavando con su eco terrible los horrores que me consumían. Sabía, por tanto, lo que estaba padeciendo el viejo, y hasta sentía piedad por él, aunque una risa sorda llenase mi corazón. Estaba perfectamente seguro de que continuaba despierto desde el momento en que, habiendo escu-

chado el primer rumor, se revolvió en la cama. Sus temores habían ido siempre en aumento, aunque procuraba persuadirse de que no tenían fundamento. Se había dicho a sí mismo: «Nada, el viento en la chimenea. Un ratón que corre por el suelo», o «un simple grillo que canta». Sí. Trató de calmarse con estas burdas hipótesis. Pero no le sirvió. Fue todo inútil, porque la muerte que se aproximaba había pasado ante él con su gran sombra negra, envolviendo con ella a su víctima. Y era la influencia fúnebre de su sombra no vista la que le hacía sentir —aunque no viese ni escuchase nada—, la presencia de mi cabeza en su cuarto.

Recurrí a toda la paciencia del mundo para esperar tan largo rato. Pero después, sin oír que se acostara de nuevo, me aventuré a abrir un poco la linterna, pero tan poco, tan poco como si nada. Y tan furtivamente como no podréis imaginároslo. Aunque al fin un único y pálido rayo, como un hilo de telaraña, salió por la mínima ranura y descendió sobre su ojo de buitre maldito.

Esta vez estaba abierto, enteramente abierto, y al verlo así me encolericé. Lo estaba viendo con una nitidez absoluta, su azul mate cubierto por una nube horrorosa que me halaba la médula de los huesos... Pero no veía más que el ojo, sólo el ojo...

Aquello que llamáis locura no es más que una hiperestesia de los sentidos. Un rumor sordo, ahogado, continuo, llegó hasta mis oídos, similar al que produce un reloj envuelto en algodón. Reconocí el sonido inmediatamente. Era el corazón del viejo que latía y latía... Y eso excitó mi furia como el valor del soldado se excita con el redoble del tambor.

Pero me dominé y continué sin mover un músculo. Apenas respiraba. Tenía quieta la linterna en las manos, aunque esforzándome por conservar el rayo de luz fijo sobre el ojo. Al mismo tiempo, ese pálpito infernal de su corazón se hacía cada vez más fuerte, más apresurado, más sonoro... El pánico del viejo tuvo que ser absolutamente desmesurado, porque el

latir aumentaba minuto a minuto. Ya os he dicho que era nervioso. Lo soy en realidad, y mucho. Y por eso, en pleno corazón de la noche, en medio del temible silencio de aquella vieja casa, un ruido tan desusado hizo penetrar en mi ánimo un irresistible pavor. Me contuve, no obstante, durante algunos minutos, y permanecí tranquilo. Pero la asquerosa pulsación se hacía cada vez más fuerte, siempre más fuerte, más fuerte...

Creí que el corazón iba a estallar, y era que una nueva angustia se apoderaba de mí: tal vez ese rumor pudiera ser oído por algún vecino. Por lo tanto, había sonado la hora del viejo. Di un gran alarido, abrí de pronto la linterna y me precipité en el cuarto. El anciano dejó escapar un grito, solamente un grito. Porque en un momento le derribé al suelo, depositando sobre su cuerpo el tremendo peso de la cama. Sonreí entonces, complacido, viendo tan adelantada mi obra. Sin embargo, el corazón siguió palpitando con un latido ahogado durante algunos minutos. Pero ya no me atormentaba, puesto que no podía oírse a través de las paredes. Cesó al fin. El viejo estaba muerto.

Levanté la cama y examiné el cadáver. En efecto, estaba muerto, tan muerto como una piedra. De todas formas, puse mi mano sobre su corazón, y allí la mantuve durante algunos minutos. No pude advertir el menor latido porque, como digo, estaba muerto como una piedra. Su ojo repugnante ya no volvería a molestarme más.

Tal vez insistáis en considerarme loco. Pero vuestra opinión variará cuando os describa las precauciones inteligentes que tomé para ocultar el cadáver. La noche avanzaba rápidamente y yo trabajaba de prisa, aunque en silencio. Lo primero que hice fue desmembrar el cuerpo. Corté la cabeza. Después, los brazos. Después, las piernas.

Luego arranqué tres tablas del entarimado y coloqué los despojos bajo el piso de madera. Después volví a poner las tablas con tanta destreza y habilidad que ningún ojo humano —ni siquiera el suyo— habría podido descubrir allí nada alarmante. Nada que

lavar. Ni una mancha, ni una mancha de sangre. No se me escapó pormenor alguno. Una cubeta lo hizo desaparecer todo.

Eran las cuatro de la madrugada, y estaba tan oscuro como si fuera medianoche, cuando terminé todas estas operaciones. En el momento en que el reloj señalaba la hora, llamaron a la puerta de la calle. Bajé a abrir totalmente confiado porque, ¿qué era lo que había que temer? Entraron tres hombres, que se presentaron con toda cortesía como agentes de la policía. Al parecer, un vecino había oído un grito durante la noche y eso le hizo despertar la sospecha de que se había cometido un crimen. Se presentó una denuncia en la comisaría, y aquellos agentes habían sido enviados para realizar una investigación.

Di la bienvenida a aquellos caballeros, sin dejar de sonreír. Porque, ¿qué había que temer?

—El grito —les dije— lo dí yo, soñando. El viejo se ha marchado de viaje.

Acompañé a los policías por toda la casa. Les invité, incluso, a que buscaran, a que buscaran perfectamente bien. Finalmente les conduje a su cuarto. Les mostré sus tesoros en seguridad perfecta, en perfecto orden. Mi propia confianza llegó a entusiasmarme, hasta el punto de que les llevé unas sillas a la habitación y les supliqué que se sentaran mientras yo, con la desbordada audacia del triunfo, coloqué mi propia silla exactamente en el lugar que ocultaba los miembros despedazados del viejo.

Pues bien, los agentes se mostraron satisfechos. Mi actitud les había convencido y yo me sentía perfecta, singularmente bien. Se sentaron y hablaron de cosas familiares, a las que contesté con toda jovialidad. Pero, al poco rato, me di cuenta de que palidecía y deseé que se fueran. Me parecía que mis oídos zumbaban y me dolía la cabeza. Sin embargo, los policías continuaban sentados y prosiguiendo su trivial conversación. El zumbido se hizo más claro, persistió y se volvió cada vez más perceptible. Para liberarme de tan angustiosa sensación empecé a hablar y a hablar

sin parar. Pero el zumbido persistía tenazmente, y de tal modo, que acabé descubriendo que no tenía su origen en mis oídos.

Me puse entonces muy pálido, sin duda. Pero seguía hablando sin tino, elevando el tono de mi voz. El ruido aumentaba, aumentaba, y ya nada podía hacer para evitarlo.

Se trataba de un ruido sordo, continuo, ahogado, similar al producido por un reloj envuelto en algodón... Respiraba con dificultad. Los agentes nada oían..., todavía.

Parloteé con mayor vehemencia, más de prisa. Pero el rumor crecía sin cesar. Me levanté y discutí sobre tonterías, con voz muy alta y gesticulando violentamente. Pero el rumor crecía, crecía siempre. ¿Por qué no se querían marchar los policías? Comencé a andar de un lado para otro de la habitación, pesadamente, dando enormes zancadas, como si sus observaciones me exasperasen. Pero el rumor crecía sin cesar. ¡Dios mío! ¿Qué podía yo hacer? Echaba espumarajos, desvariaba, pateaba. Movía la silla en que estaba sentado y la hacía resonar sobre el suelo. Pero el rumor lo dominaba todo y crecía incesantemente, más fuerte, cada vez más fuerte, siempre más fuerte. Y aquellos hombres continuaban hablando, bromeando, sonriendo... ¿Sería posible que no oyeran nada? ¡Gran Dios, de ninguna manera! ¡Estaban oyendo, estaban sospechando! ¡¡Los sabían!! ¡Estaban divirtiéndose con mi terror! Así lo creí y lo sigo creyendo ahora.

Pero había algo infinitamente peor que aquella agonía insufrible, algo más insoportable que aquella burla. Imposible tolerar por más tiempo aquellas hipócritas sonrisas. Me dí cuenta de que era preciso gritar o morir, porque entonces... ¿Lo oís? ¡Escuchad! ¡Cuán alto, cuán alto sigue latiendo, siempre más alto, siempre más alto!

—¡Malditos! —exclamé—. ¡No disimuléis por más tiempo, miserables! ¡Lo confieso todo! ¡Arrancad esas tablas! ¡¡Aquí, aquí está el latido de su horrible corazón!!...

Me bastará con el descanso eterno

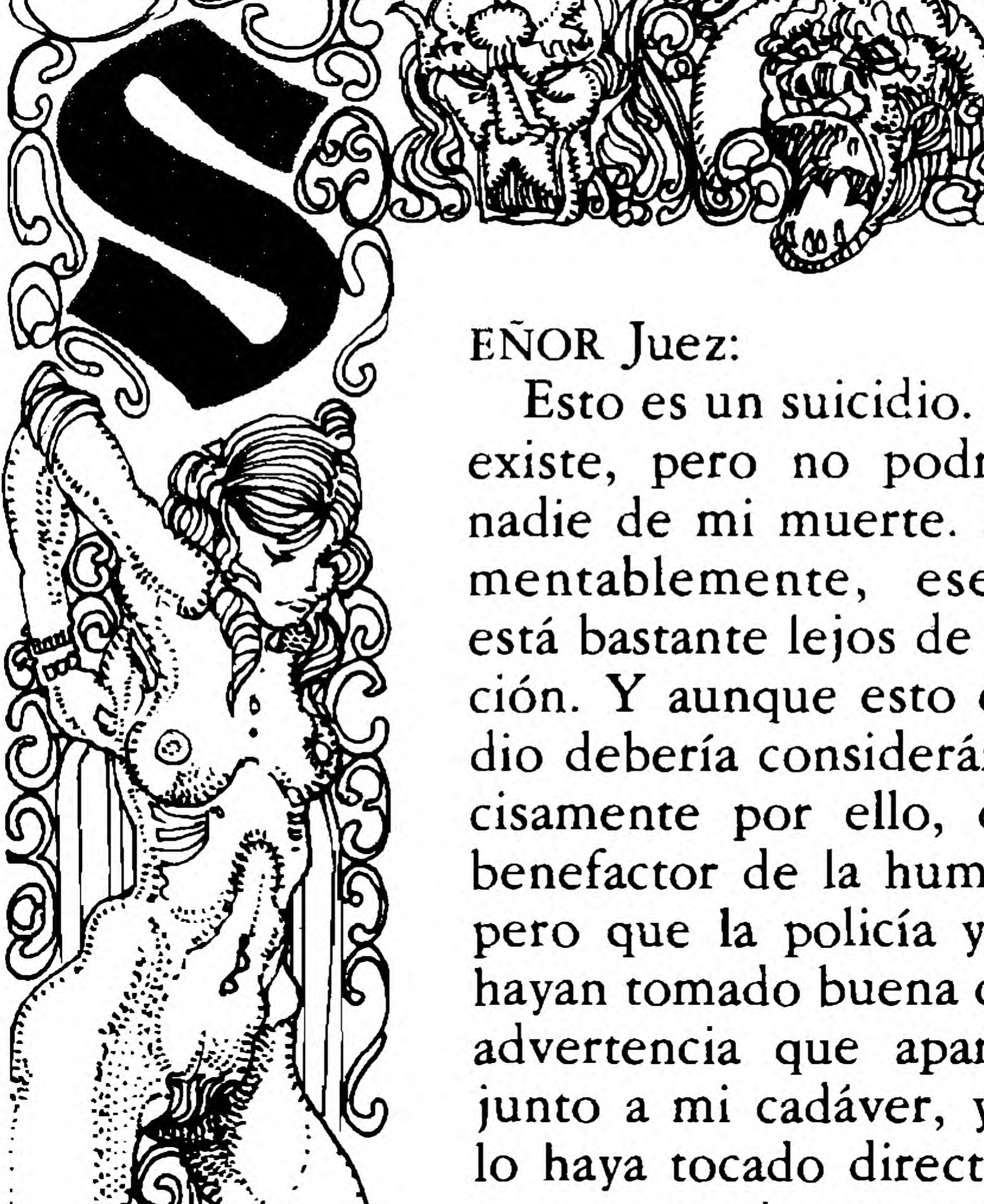




Me bastará con el descanso eterno

Ronnie Foster

Entonces, entre otros sucesos extraordinarios, tuvo contacto con «algo» que procedía del Infierno y también del Paraíso...



SEÑOR Juez:

Esto es un suicidio. El culpable existe, pero no podrá culpar a nadie de mi muerte. Porque, lamentablemente, ese culpable está bastante lejos de su jurisdicción. Y aunque esto es un suicidio debería considerárseme, precisamente por ello, como a un benefactor de la humanidad. Espero que la policía y el forense hayan tomado buena cuenta de la advertencia que aparece escrita junto a mi cadáver, y que nadie lo haya tocado directamente. En caso contrario, me temo que a mi suicidio seguirán otros. ¡Quién sabe cuántos! Quizá tantos como eslabones de una larga y monstruosa cadena que no acabe nunca, o tal vez, acontecimientos infinitamente peores. La única forma de quebrar esa cadena es incinerar mi cuerpo inmediatamente. Entiéndalo bien, señor juez: ¡Inmediatamente! Y luego entierren mis cenizas lo más hondo que puedan y en el lugar menos accesible que encuentren. Por nada del mundo se les ocurra esparcirlas al aire o arrojarlas a una corriente de agua... ¡Por nada del mundo! Y no caiga en la ingenuidad, después de leer lo que sigue, de considerarme un simple loco, dejando en conse-

cuencia sin efecto las instrucciones que preceden. Su responsabilidad sería tan espantosa que tampoco a usted le merecería la pena seguir soportando el peso de la vida ni el de los remordimientos. Espero que las líneas que siguen a continuación le aclararán los motivos de mi actitud.

No le faltaban razones a mi tío Isaac para ser misántropo. Pero si vivía apartado de todos, en un bosque montañoso y de difícil acceso, no era a causa de la desdeñosa indiferencia que le inspiraban sus semejantes, sino de la peculiar naturaleza de las investigaciones que estaba realizando. Nadie estaba en condiciones de comprender el alcance ni la intención de las mismas, y para llevarlas a cabo el silencio y la soledad resultaban imprescindibles. En ocasiones me había hecho partícipe, someramente, de sus inquietudes, puesto que yo era el único miembro de la familia que le inspiraba alguna confianza. Tal vez por mi carácter soñador, mi afición a las experiencias místicas y mi absoluta inconformidad con las vulgaridades pragmáticas del mundo que nos había tocado vivir.

Atravesaba yo un momento difícil, a causa de un desengaño amoroso, y por ello se me hacía insoportable la rutina de mi vida en la ciudad. Vi los cielos abiertos cuando recibí la carta de tío Isaac. Me invitaba en ella a pasar una temporada en su casa de campo, y me instaba a hacerlo a la mayor brevedad posible, puesto que mi presencia resultaría muy útil «en relación con ciertas experiencias». Silencio, soledad y contacto con la naturaleza era cuanto yo necesitaba para reordenar mi vida. No lo pensé dos veces, y al cabo de cuatró días me encontraba conduciendo por una despiadada carretera sin asfaltar que ascendía entre baches y precipicios hasta la residencia de mi tío. Cierto que el paisaje, un bosque de abetos enormes, apenas visitado por algún que otro incauto cazador, era impresionante. Pero no le era menos la posibilidad inmediata de que el coche se saliera de la carretera y fuera a despeñarse al tomar incorrectamente la próxima curva. El carril —más que carretera—

mostraba en su centro largos trechos en los que crecía la maleza, señal inequívoca de estar muy poco transitado. Y a veces se estrechaba hasta extremos inquietantes a causa de los desprendimientos de tierra. Si quería estar aislado, evidentemente mi tío había sabido elegir muy bien el sitio.

Ascendiendo sin parar llegué por fin a su casa. Una sólida construcción de dos plantas, rodeada de bosques por todas partes, cuyos muros de granito mostraban aquí y allá grietas y mutilaciones achacables al paso del tiempo. Los altos y negros techos de pizarra, elevándose hasta formar un ángulo agudo, le daban al edificio un aspecto sombrío que se acentuaba por el silencio y la soledad absoluta de los alrededores. Muchas noches habían resbalado por esos tejados, resquebrajados en parte como la fachada, y todas ellas habían dejado —negro sobre negro— su oscura huella. Sentí un escalofrío al contemplar la casa, tan distinta a la alegre y sencilla que yo había imaginado, y una sensación de agobio me acompañó hasta dejar el coche aparcado junto a sus muros. No me abandonó cuando salí del coche, y se incrementó cuando contemplé la figura de mi tío en la puerta, esperándome.

Hacía dos años que no le veía, y en ese tiempo su aspecto había sufrido inquietantes alteraciones. Sus ojos, negros, brillaban como brasas, con el inequívoco resplandor de los obsesos y los fanáticos. Se había acentuado la palidez de su rostro y tenía las mejillas hundidas hasta un grado casi inverosímil. La barba hasta casi la cintura y el pelo, peinado hacia atrás, le llegaba sobradamente a los hombros. Lo que resultaba inusual en un hombre de casi sesenta años. Al abrazarme comprobé lo mucho que había adelgazado. Sus manos estaban particularmente frías y sus párpados algo enrojecidos. Tuve la intuición de que se había vuelto dipsómano, lo que no tardaría en comprobar.

La habitación en que entré, a poco de traspasar el umbral, me pareció inadecuada a su personalidad, tal

y como yo la recordaba. Pues mi tío Isaac había sido siempre un hombre serio cuya estóica, y hasta severa concepción de la vida, no le permitía demasiadas concesiones lúcidas hacia sí mismo. En las paredes, sobre un fondo de azul claro que quería imitar el cielo, habían dibujado estrellas, soles, nubes, cuerpos de adolescentes desnudas, y hondos paisajes bucólicos con figuras cuya disposición, colorido y realismo expresaban del modo más explícito toda la fuerza y alegría de la vida. Una gran alfombra persa, con escenas de amor y de caza, cubría todo el suelo, y sobre ella había multitud de almohadones de seda, grandes y pequeños, con los que se podía formar un confortable y mullido nido individual en cualquier rincón. En el centro había una pequeña mesa redonda, muy baja, sobre la que reposaba una enorme pipa de agua. En un rincón, incansables pebeteros halagaban el sentido del olfato. A través de un amplio ventanal, las últimas horas de la tarde regalaban oro a manos llenas en un paisaje en el que, pese al delicioso brillo anaranjado que el sol confería a la casi infinita sucesión de abetos, no pude dejar de advertir ciertos aspectos sombríos. El desmesurado hacinamiento de los árboles, cuyas copas contemplaba desde el ventanal, que hacían del bosque un territorio de difícil penetración, era uno de ellos. Jamás había visto tantos y tan juntos. Se me hizo palpable la oscuridad que allí empezaba a reinar, y temí que nada bueno podía surgir de ella. Volví la cabeza, me descalcé a indicación de mi tío, y tomé asiento en el suelo, convenientemente rodeado de almohadones. Me resultaba más grata la contemplación de este cuarto que la de la obscena y nada tranquilizadora naturaleza circundante, y si bien las transformaciones de mi tío no dejaban de inquietarme, el acogedor aunque fantástico ambiente de aquel cuarto tenía la virtud de relajarme. Mi tío se sentó frente a mí y pude observar con detenimiento algo que me llamó la atención al verle por primera vez. Vestía enteramente de blanco. La camisa y los pantalones eran de algodón y había en

ambas prendas caprichosos dibujos de flores y pájaros bordados con hilo rojo. Semejantes vestiduras, más propias de un adolescente en vacaciones, resultaban hasta cierto punto grotescas en un hombre maduro, casi anciano, como era mi tío. Me pareció evidente que había sentido la necesidad de crear a su alrededor una atmósfera falsificada de juventud, y me intrigó conocer qué le había movido a ello. Lo de «juventud falsificada» fue una idea que me vino a la cabeza al ver la enorme distancia que existía entre ese ambiente y no ya sólo la senectud, sino la expresión torva y enfermiza de quien lo había creado. Pronto saldría de dudas. Mi tío era viudo desde hacía un año e hizo una alusión a su estado a poco de empezar a hablar.

—Desde la muerte de Jackeline —dijo— mi vida ha experimentado un cambio muy notable. Sin duda habrás advertido algo de ello... Quiero decir en mi forma de vestir, en la decoración de este cuarto... No debes asombrarte.

Hizo una pausa y la aprovechó para mezclar hachís con tabaco y llenar la cazoleta de la pipa de agua. De ella partían dos largos tubos de goma terminados en sendas boquillas de madera. Encendió la mezcla y aspiró una enorme bocanada, con gesto no sé si muy sincero de placer. Me ofreció la otra boquilla y la acepté por educación, disimulando el recelo cuanto pude, pues era la primera vez que fumaba hachís. Procuré y conseguí, de todas formas, no tragarme el humo, pues deseaba mantenerme lúcido por completo.

—Como verás, también me he hecho adicto a los alucinógenos. No por vicio, sino porque lo requería el curso de mis investigaciones. Debes saber ahora que no abandoné mi cátedra de psicología, como la gente piensa. La verdad es que me expulsaron, pero el claustro, que me apoyaba, logró arrancar al rector la promesa de no hacer público el motivo de mi expulsión. Lo único que pretendía era repetir aquí, en Inglaterra, las experiencias de ampliación de concien-

cia con ácido lisérgico que había realizado Timothy Leary con sus alumnos en los Estados Unidos. Al final me pasó lo mismo que a él. Pero el abandonar la universidad y sobre todo (es duro que te lo diga, pero es así) la inesperada libertad que me dio la muerte de tu tía, me han permitido descubrir algo inconcebible... Demasiado extraordinario para que el mundo de hoy pueda aceptarlo. Por eso he guardado el secreto. Tú serás el primero en saberlo. La responsabilidad de ese descubrimiento me pesa demasiado. En consecuencia, tendrás que compartirla conmigo. Pero te aseguro que merece la pena. Espera un momento.

Acto seguido se levantó y me dejó solo en la habitación. Pensé que si mi tío estaba empezando a perder la razón, como sospechaba, debería andarme en adelante con mucho cuidado, ya que éramos los únicos seres humanos en varios kilómetros a la redonda. Regresó al cabo de un rato trayendo un objeto sumamente extraño. Cuando me lo entregó, sus ojos fulguraban de satisfacción y los míos de asombro.

—Obsérvalo bien, sobrino, obsérvalo bien.

No podía hacer otra cosa que observarlo con toda la atención del mundo. La caída de la tarde, ya en la penumbra, le daba un aspecto ceniciento, vagamente plateado. Pero cuando tío Isaac encendió la luz, aquello restalló con irisaciones sumamente brillantes, como si una congregación de ópalos, turquesas, turmalinas y rubíes hubieran decidido, de común acuerdo, intensificar hasta el cuádruple su fulgor ordinario. Lo sorprendente es que se trataba de una pluma. Mejor dicho, de algo que se parecía a una pluma. A no ser por las ramificaciones que lo hacían similar a una planta, a un arbusto plumoso de brillante terciopelo gris. En toda mi vida había visto algo parecido. Era con toda evidencia, algo natural, pero su naturaleza me resultó completamente desconocida. Medía medio metro de largo, pesaba como si estuviera hecho de papel de seda, y sus cambiantes brillos podían recordar a los de las plumas del pavo

real, salvo que no obedecían a una configuración fija, sino que las «hojas» o «plumas» que sobresalían de cada «rama (anchas como cuatro dedos) reflejaban la luz sobre dibujos geométricos cuya forma variaba constantemente, alternándose de modo irregular líneas rectas y curvas. Era fantástico, pero su suave tacto producía indefectiblemente el temor a lo desconocido. Miré a mi tío, sin duda mostrando el estupor en mi rostro, pero no tuve necesidad de formularle pregunta alguna.

—Yo tampoco sé lo que es, sobrino —me dijo—. Pero sé, como tú, que existe. También sé algo más: sé de dónde procede.

Me obligó a sentarme de nuevo. El lo hizo a su vez tras dejar el objeto sobre la alfombra, entre ambos, y volvió a ofrecerme la boquilla del narguilé. Confieso que esta vez, para atajar el estupor, y en contra de las más elementales leyes de la prudencia, aspiré el humo denso hasta casi ahogarme entre toses sucesivas, que ponían de manifiesto mi inexperiencia en tales lides.

—Procede del infierno —continuó mi tío al apaciguárseme la tos—, pero también del paraíso. Procede de otro mundo que a la vez está y no está en este mundo. Pero que es tan real como la alfombra donde esa cosa increíble se apoya...

Empecé a sentir una especie de vértigo, no sé si motivado por mi primera experiencia con hachís o por las revelaciones que se me estaban haciendo, todavía no sabía con qué inquietante finalidad.

—Siempre se había creído —añadió— que, como las imágenes del sueño, las que proceden de la ingestión de alucinógenos eran ficticias, y que con ellas se abrían las puertas de la percepción a mundos única y exclusivamente interiores.

—¿Quiéres insinuarme —le interrumpí— que esos mundos alucinados existen realmente?

Creo que ni me oyó siquiera. O fingió no oírme. Como si mi objeción resultara sobradamente obvia frente a la existencia del objeto que se interponía en-

tre nosotros. O tal vez porque los alcaloides del cannabis le habían producido un estado de ánimo propicio al monólogo de sus obsesiones.

—... Pero ya Gordon Wasson había observado que todas las experiencias de peyote se referían a un mundo muy concreto, ya que las descripciones de ese mundo coincidían en aspectos fundamentales, aunque quienes tomasen la droga perteneciesen a culturas muy diferentes. Todos hablan de serpientes, de grandes serpientes y de androides monstruosos que acechan en los umbrales de ese universo paralelo, para atemorizar al intruso e impedirle que llegara a conocer ciertos secretos. Lo mismo sucede con la ayahuasca que ingieren los indios amazónicos, y en cuanto a la datura medieval que tomaban las brujas, si se leen detenidamente ciertos informes de la Inquisición resulta evidente, en descripciones obtenidas bajo tortura, que se están refiriendo al mismo mundo.

Siguió teorizando durante media hora. Citó a Carlos Castaneda, Aldoux Huxley y a otros investigadores cuyo nombre no recuerdo. El tema me parecía fascinante, pero yo estaba bastante cansado del viaje y algo mareado por el hachís. Sostenía, en definitiva, que las alucinaciones psicodélicas no eran tales, sino imágenes distorsionadas de un universo paralelo. Aseguró haber descubierto una combinación de ciertas drogas que permitía cruzar la frontera de ese universo sin que se produjeran distorsiones perceptivas; gracias a lo cual había podido hacer varios «viajes» con absoluta lucidez.

—Te aseguro, sobrino, que es un mundo maravilloso. Lleno de peligros, ciertamente. Existen allí seres abominables que prefiero no describirte. Pero también entes cristalinos de una belleza igualmente indescriptible, formas cuya armonía embriaga hasta la locura. Y objetos extraños, hermosísimos, como ese que tienes a tus pies... Sé que te está quemando una pregunta desde hace tiempo. Te gustaría saber cómo he conseguido traer esa cosa. Sería muy complejo

que te explicara todos los momentos del proceso. La clave está en las vibraciones. Todo lo que existe emite en una determinada longitud de onda. El mundo que percibimos bajo los efectos de ciertas drogas es bastante más sutil que el nuestro. Pero ambos mundos pueden entrar en conjunción por medio de una combinación de ultrasonidos. Hasta ahora sólo he podido traer objetos de poco peso, la mayoría de los cuales acabaron desmaterializándose a poco de cruzar el umbral de nuestro mundo. Puedo conseguir cosas mucho mejores que esa que ves si consigo permanecer «allá» más tiempo del que he estado hasta ahora. Y para eso precisamente necesito tu ayuda... Tengo que mostrarte algo.

Se levantó e hizo ademán de que le siguiera. Cruzamos una galería acristalada. Observé que la negrura de la noche era absoluta. Las estrellas habían desaparecido, cubiertas por densas nubes. Lejanos resplandores, a cortos intervalos, anunciaban la proximidad de una tormenta. Llegamos a un cuarto desnudo en cuyo suelo había una pequeña puerta de madera. Me extrañó que esa puerta tuviera una cerradura, máximé teniendo en cuenta que mi tío vivía solo. Se agachó, introdujo la llave y la abrió, dejando el paso libre a las escaleras de un subterráneo. Como no las tenía todas conmigo, dudé en seguirle. Pero consideré que, aún en el caso de que mi tío estuviera loco, podía reducirle fácilmente. Le seguí.

Posiblemente fue un efecto del hachís. Tuve la impresión de que las escaleras no terminaban nunca. Me era imposible calcular el tiempo con exactitud, y cuando al fin las dejamos atrás me pareció que había transcurrido mucho más despacio que de ordinario. Me asaltaban multitud de pensamientos dispares e incoherentes, lo que unido a la historia que mi tío acababa de contar y a lo peculiar del lugar donde nos encontrábamos me produjo una viva inquietud.

Dos metros más allá de las escaleras había una puerta que mi tío abrió con cierta parsimonia. Cuando la atravesamos me encontré con una especie

de reducido gabinete, en cierto modo similar a un estudio de grabación; puesto que suelo, techo y paredes estaban acolchados con una mullida capa de fieltro negro. Al oprimirla comprobé que tras ella se encontraba un grueso conglomerado de fibra de vidrio. La insonorización era absoluta. En el centro se encontraba una camilla de patas metálicas. Multitud de cables surgían de un panel, apoyado en la pared, en el que se encontraban varios aparatos electrónicos de difícil identificación para un profano como yo. En cada una de las restantes paredes vi tres enormes altavoces de, aproximadamente, un metro de diámetro. Mi tío se sentó en la camilla. Yo lo hice en el suelo, rechazando la invitación de que lo hiciera a su lado. No sé por qué, aquella camilla blanca, de hospital, me inspiraba una oscura aversión.

—Necesito tu ayuda, sobrino. Porque he decidido pasar «al otro lado» por tiempo indefinido. He de hacer ciertas comprobaciones de suma importancia, fundamentales para el curso que están siguiendo mis investigaciones. Por ahora no puedo revelarte de qué se trata. Si aceptas prestarme tu ayuda, dentro de un momento tomaré cierta droga, me tumbaré en esa camilla y me colocaré varios electrodos en las sienes y en el pecho, a la altura del corazón. Luego permaneceré inconsciente quizá durante varios días. Me alimentaré con suero intravenoso, para lo cual me inyectarás este tubo al antebrazo. He colocado bombillas rojas por toda la casa. Si mis constantes vitales fueran inadecuadas, estos electrodos transmitirán la información y las bombillas se encenderán. También he previsto que suene un timbre para el caso de que eso ocurriera mientras duermes. En ese caso, o si se encienden las bombillas deberás bajar inmediatamente y aplicarme este antídoto lo más rápido que puedas. Pero no debes alarmarte. Es muy improbable que eso ocurra.

Acto seguido me dio un frasquito que contenía una pequeña cantidad de polvo blanco. Era el supuesto antídoto. De no haber fumado el hachís, probable-

mente me hubiera negado a prestarle ayuda en su descabellada experiencia. Pero las circunstancias en que me veía envuelto me tenían fascinado. Inyecté lo mejor que pude el tubo de suero en su antebrazo, como se había ordenado. Previamente se había aplicado los electrodos al cuerpo y había conectado los aparatos. Una especie de zumbido sordo, vibrante, llenó la estancia. Luego se tumbó en la camilla y se introdujo en la boca una delgada pastilla negra, del tamaño de una moneda de media libra.

—Ahora debes marcharte —me dijo—. En la casa encontrarás cuanto necesites. Hay provisiones para un mes. Sólo te pido que no abandones la casa en cinco días. Cuando haya transcurrido ese tiempo, si antes no he despertado, me inyectarás ese polvillo, aunque no suene el timbre ni se encienda la luz roja.

Cerré la puerta y subí las escaleras, todavía atontado por los efectos del hachís. Las ideas seguían chisporroteando desordenadamente en mi cerebro. Las tensiones se me acumulaban en el cuerpo hasta producirme angustia. Volví al salón de los almohadones, me descalcé y me tumbé bocabajo sobre la alfombra, de tal modo que aquel misterioso objeto de plumas incalificables me rozaba la nariz. Lo aparté de un manotazo y me maldije por haber tenido la ocurrencia de aceptar la invitación de mi tío. Al cabo de unos minutos, por fortuna, descargó la tormenta y comenzó a llover con fuerza, interminablemente. Eso descargó también en muy buena parte, la tensión de mis nervios. Me negué a seguir analizando la absurda situación en que me encontraba. Estaba cansado, muy cansado, y mis ojos empezaban a cerrarse. Cuando ya me dejaba invadir por la somnolencia, sonó un timbre y se encendió una luz roja.

Me incorporé sobresaltado. La taquicardia destruyó a golpes los restos de mi incipiente sueño. Corrí hacia el subterráneo sin acordarme de ponerme los zapatos. El cuarto insonorizado donde momentos antes había dejado a mi tío estaba a oscuras. Al abrir la puerta escuché sus gritos espantosos. Parecía soste-

ner una lucha feroz con algún improbable enemigo. Encendí la luz y me apresuré a socorrerle, aunque no supiera de qué modo. Recordé que conservaba el frasquito en un bolsillo del pantalón. Pero no sabía dónde podía encontrar una jeringuilla. Ni él me lo dijo ni yo se lo pregunté. Así que me encontré junto a la camilla, paralizado por lo que veía y sin saber cómo poner fin a la situación.

Era horrible. Mi tío gritaba, babeaba y se estremecía como un poseso. Y sin embargo, al ver sus ojos extraviados, comprendí que seguía bajo los efectos hipnóticos de la droga. Entre gritos le escuché unas palabras inconexas:

—¡No...! ¡Magón no...! ¡Zubirah me protege...! ¡No te atrevas...! ¡La carne...! ¡Mi carne es...!

Se suspendió de golpe su respiración entrecortada. Los timbres cesaron de sonar. La muerte le había retorcido el cuerpo. Cayó de la camilla atenazado por los cables. El horror y la impotencia hicieron que yo apretara fuertemente el frasquito en mi mano, hasta que se quebró y sus cristales me hirieron. Pero no presté atención a las heridas, sino a la horrenda figura de aquel cuerpo crispado por la muerte. En ese momento, una rabia irracional se acumuló en mi garganta. Creo que proferí una blasfemia, de la cual sólo en parte me considero culpable. Y luego me acerqué hasta el cadáver. Los altavoces seguían zumbando, lo que no me ayudó en absoluto a recobrar la calma.

Perdí las esperanzas de volver a tenerla en mucho tiempo cuando estuve junto al cuerpo sin vida de mi tío. Su piel estaba muy caliente y como tostada por el sol. Emitía, además, una especie de vibraciones, que yo achaqué en principio a las reverberaciones de los altavoces. Comprobé que no era esa la causa cuando, después de oprimir varios botones en el panel de los aparatos, logré desconectarlos. Pero su cuerpo seguía vibrando.

No era eso, por desgracia, lo único inquietante. Al abrir los párpados me encontré con unos ojos extraordinariamente amarillos en los que habían desa-

parecido los dibujos de la córnea. Tenía los labios secos, negros, encogidos y arrugados como pasas. ¡Y los dientes; Gran Dios! Los dientes eran igualmente negros. Tenía las uñas endurecidas y traslúcidas, como si hubieran cristalizado. Al levantar su mano y rozar una de ellas se desprendió... Pero lo más espantoso ocurrió cuando rocé sus sienes y grandes mechones de cabello se desprendieron de raíz.

Trate de convencerme de que tío Isaac había muerto electrocutado. Pero lo dudaba, porque hasta su cuerpo sólo llegaban unos simples electrodos. Y, a juzgar por lo que había leído, no era esa la forma en que quedaban los cuerpos de los condenados a la silla eléctrica. En cualquier caso, parecía estar definitivamente muerto.

Nadie había sido testigo de mi llegada a la casa. Tomé la decisión de escapar cuanto antes, y volví a subir las escaleras con ese propósito. Pero al trasponerlas y cruzar el corredor acristalado, la persistente lluvia me hizo desistir. Era demasiado peligroso conducir de noche por aquella infame carretera, muy probablemente bloqueada a causa de los desprendimientos provocados por el agua... Sentí que el destino me había tendido una trampa de la que me sería muy difícil escapar.

«Bien-reflexioné—. No sé cómo ha podido suceder, pero Tío Isaac parece muerto, y bien muerto. Su muerte ha sido espantosa, y las transformaciones de su cuerpo son inexplicables. Pero no me queda más remedio que pasar aquí la noche». Estaba tan horrorizado que me fue muy difícil aceptar esa idea. Recorrí la casa hasta dar con una botella de whisky. Subí luego a la segunda planta y me acomodé en el mejor dormitorio. Me parecía irracional, pero a pesar de ello eché el cerrojo por dentro. Afuera, el bosque recibía a la lluvia con una monótona y lúgubre salmodia. Jamás me he sentido más pavorosamente solo en toda mi vida, abrazado a aquella botella de whisky. La abrí, eché un trago, la dejé sobre la mesilla de noche, caí a la cama y apagué la luz.

Como era de esperar, no me fue posible dormir,

angustiado como estaba por el menor ruido, real o imaginario. Había perdido por completo la noción del tiempo, sumergido en el horror de un presente sin límites. De tal modo me era insoportable la idea de seguir en la cama despierto, que decidí finalmente arrostrar, aún a riesgo de mi vida, los peligros de la carretera. Siempre sería preferible pasar la noche en el coche, lejos de la casa, aún en el caso de que el camino estuviera bloqueado.

Me incorporé de la cama, dispuesto a llevar a cabo mi postrera decisión. Y entonces, aunque confundiéndose a veces con el de la lluvia, escuché nítidamente ruidos procedentes de la cocina, en la planta baja. Se suponía que yo era la única persona viva del edificio. El corazón se me paralizó unos segundos para después golpear frenéticamente. Los ruidos me hicieron imaginar una difusa escena de violencia. Cacharros rotos, objetos caídos al suelo con estrépito... Luego escuché unos pasos que subían, vacilantes, hasta la puerta de mi dormitorio. Pasos tan espantosos que me olvidé de respirar mientras la sangre se agolpaba en el interior de mis ojos. Algo arañó tras de la puerta, despacio. Luego escuché que un cuerpo se frotaba lentamente en la madera. Y un gruñido repulsivo, siseante... El miedo se me resolvía a veces en un arranque de ira. Pero mi cuerpo no me obedecía y la furia se ahogaba, indefectiblemente, en un piélago de horror.

Al cabo de una espantosa eternidad, que tal vez no hubiera durado ni siete minutos, los ruidos de la puerta cesaron y escuché nuevamente los pasos, pero esta vez escaleras abajo, hasta perderse en el silencio. Una fuerza más poderosa que el horror, tal vez el simple instinto de la supervivencia, me obligaba a salir del dormitorio. Pero antes quise tomar la precaución de hacerlo mínimamente armado. Abrí un armario y arranqué a golpes el tubo de metal del perchero. Era una protección mínima, pero en mi desesperación la encontré suficiente.

Abrí la puerta y no ví a nadie. Vacilé mucho

tiempo, junto a las escaleras, antes de decidirme a bajarlas. Un sudor helado hacía que la camisa se me pegara a la piel. Logré llegar hasta la cocina y seguí sin ver a nadie. Había varios platos y cacharros rotos por el suelo, donde también estaba el contenido de la nevera. Descubrí que los alimentos estaban intactos, a excepción de un gran trozo de carne cruda, sanguinolenta, con huellas de haber sido mordisqueada. Me disponía a salir de la cocina y entonces, con un golpe seco, la puerta se cerró a mis espaldas.

¡Hubiera preferido morir en aquel momento! De pie, con una triste y horrenda sonrisa, mostrando sus dientes negros, sus espantosos ojos amarillos, su piel ahora más renegrida, sus movimientos blandos, su cráneo desnudo, con parte de la barba desprendida, su terrible expresión de agonía, de desesperanzada lucha interior... Allí estaba tío Isaac (¿O quién era?), apoyando en la puerta su carcomido cuerpo. Grité y grité, a la vez que levantaba con ambas manos el tubo, aunque la locura y la repugnancia, navegando al unísono por mis venas, me impidieron descargarlo contra aquella figura de pesadilla... Oí su voz, débilmente, como si resonara desde otros ámbitos ajenos a la realidad:

—¡No me toques...! ¡Huye ahora, aún...! ¡Magón está dentro...! ¡Dentro de mí...! ¡Me devora...! Tanta hambre... Quiere probar tu carne... ¡Quiere...!

Dio un paso. Levantó su mano derecha, con las uñas medio desprendidas, extrañamente hinchada... No pude reaccionar hasta que llegó a tocarme. Descargué un golpe con el tubo y la mano cayó al suelo blandamente, como si aquel cuerpo se hubiera convertido en una masa de harina y como si la pérdida de la mano, carente de sensibilidad nerviosa, no le hubiera afectado. Y vi esa mano en el suelo, con los dedos retorciéndose como gusanos... Horrorizado hasta la médula, hundí el tubo en su pecho, sin apenas encontrar resistencia. No hizo ni el más mínimo gesto de dolor. Le aparté de la puerta empujándole, temiendo que mis manos se hundieran también en su carne, y huí despavorido.

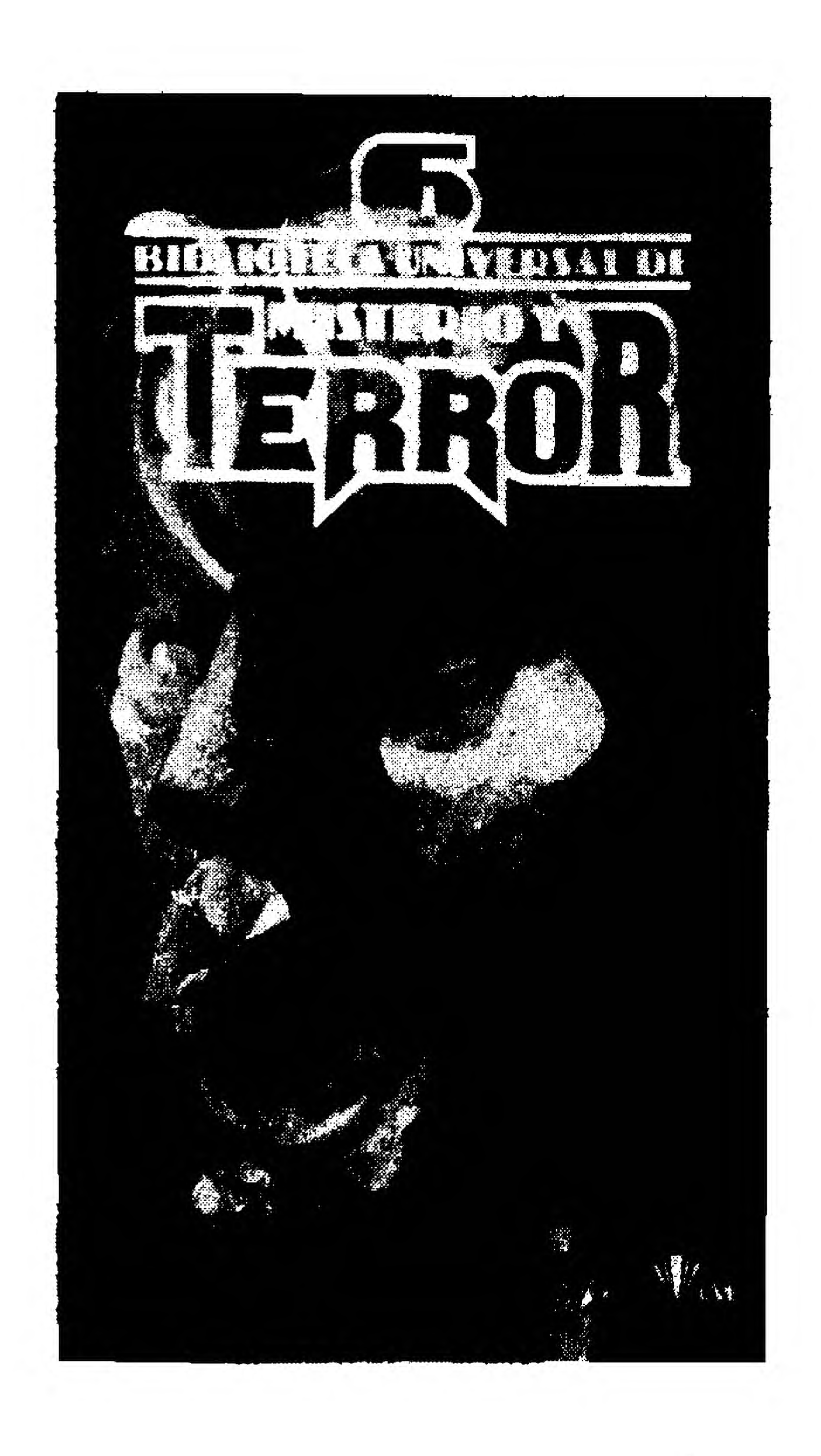
Llegué hasta el coche, pero la lluvia había mojado el delco y no arrancaba. Lo intenté varias veces, desesperado, sin darme cuenta de que con aquellos repetidos intentos podía agotar la batería. Estaba completamente fuera de mí. Lo intenté de nuevo, y esta vez con toda la angustia y la desesperación del mundo, cuando vi su figura con el tubo atravesado salir de la casa, con paso lento e inseguro, e internarse en los tenebrosos senos del bosque.

Al fin conseguí salir de allí, regresar a mi casa, sabiendo que jamás podría olvidar mi espantosa experiencia. No sé cuál ha sido el fin de tío Isaac, si es que ha muerto, o de qué forma ignominiosa estará logrando sobrevivir en aquel bosque. Recordando que su espantosa mano me tocó, he sido atormentado por toda clase de aprensiones durante mucho tiempo. Las últimas palabras que le oí las tengo grabadas en lo más profundo del corazón. En vano traté de descifrar su sentido. Ahora, para mi desgracia, ya sé cuál es.

Frecuentes pesadillas asaltaban mis sueños. En ellas veía paisajes muy brillantes, donde el horror y la belleza se mezclaban a partes iguales. Pero también veía a un ser abominable que lenta y sistemáticamente me estaba devorando por dentro. Una noche, la pesadilla fue tan vívida que desperté sobresaltado. El sudor perlaba mi frente. Pasé mi mano por ella. Al hacerlo, las yemas de mis dedos rozaron las sienes, y ese roce fue suficiente para que una gran cantidad de mi cabello se desprendiera. Dos días después desapareció de todo mi cuerpo. A la mañana siguiente, al mirarme en el espejo del cuarto de baño, vi que mis dientes ennegrecían, al igual que mis labios. Esta mañana me sentí como flotando entre las sábanas. Era que había desaparecido en buena parte mi sentido del tacto. No quiero que la transformación siga adelante, ni que pueda afectar a otros seres humanos. A mi lado tengo la pistola cargada. Voy a apoyar ahora mismo su cañón en el entrecejo. Espero fervientemente que Dios, si existe, tendrá piedad de mí. Pero si no existiera, me bastará con el descanso eterno.



PROXIMA APARICION



UN HERMOSO SUEÑO DE VENGANZA

¡OINK! ¡OINK!

NUNCA MAS

LA BOTELLA DEL TIBET

SERVICIO DE METRO

NO CORRAS, TE ESPERAMOS

LA HOGUERA

LA MANO DESOLLADA

